Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Nelson Allen

El robot y yo





Y, por alguna extraña razón, mis amigos nunca mencionaban «ése» pequeño detalle. Quizá fuera injusto porque, tras pasar por censura, las cartas que conseguían llegar a mis manos no eran más que telegramas ininteligibles. Los muchachos de censura sólo dejaban las alusiones a lo afortunado que era yo, por no vivir en un planeta tan sucio, contaminado y superpoblado, como Galador. ¿Qué quieren que les diga? Un poco de amargor resalta el sabor del dulce, ¿no? Pues yo ya me había empachado suficiente. No me disgustaría pasarme una temporada en tierra, pasándolo mal como un cosaco.



Nelson Allen

El robot y yo

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 2

ePub r1.1

Titivillus 04.09.2019

Título original: *El robot y yo*
Nelson Allen, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL ROBOT Y YO

NELSON ALLEN

1

Ya estaba más que harto de los amigos que repetían constantemente lo envidiable de mi vida.

La verdad es que no podía quejarme. En Nevermore tenía alojamiento, comida y un par de trajes al año, completamente gratis. Aire acondicionado, temperatura controlada, una enorme biblioteca a mi completa disposición y una hora diaria de gimnasia, bajo la tutela de un experto. Muchos no contabilizarían esto último entre las ventajas, pero permanecer veinticuatro horas al día en un satélite a media gravedad, tiende a convertir los músculos en spaghettis demasiado pasados y hay que aplicar la debida corrección.

¿Cuáles eras mis obligaciones, a cambio? Ninguna. Sólo portarme bien y ser buen chico.

Cuando hice inventario, descubrí que mis amigos tenían su parte de razón, hasta que me di cuenta de un pequeño detalle: Nevermore no es un satélite cualquiera… ¡es un satélite prisión!

Y, por alguna extraña razón, mis amigos nunca mencionaban *ése* pequeño detalle. Quizá fuera injusto porque, tras pasar por censura, las cartas que conseguían llegar a mis manos no eran más que telegramas ininteligibles. Los muchachos de censura sólo dejaban las alusiones a lo afortunado que era yo, por no vivir en un planeta tan sucio, contaminado y superpoblado, como Galador. ¿Qué quieren que les diga? Un poco de amargor resalta el sabor del dulce, ¿no? Pues yo ya me había empachado suficiente. No me disgustaría pasarme una temporada en tierra, pasándolo mal como un cosaco.

Nevermore es poco más que un cilindro grisáceo, de un kilómetro de largo y unos cien metros de diámetro. La cosa más fea que jamás hayan podido ver, orbitando a bastante millones de kilómetros de Galador y sus lunas, que son los únicos mundos habitables en nuestro sistema antariano. En un primer momento, se

pensó situarlo más cerca de Galador, en la misma órbita de sus tres pequeñas lunas, pero terminaron desechando la idea por razones de seguridad. Además, afirmaron algunos, la vista tan cercana de nuestro planeta, añadiría una nueva angustia a los que estábamos confinados allí. No querían ser más crueles de lo necesario.

Muy amable por su parte.

Nuestras celdas están situadas en las paredes del cilindro, formando un círculo completo, un nivel tras otro, uniformes, simétricos, excepto en uno de los extremos, donde se encuentran las instalaciones comunitarias y la llamada parte administrativa. Es decir, donde el alcaide Johnston y sus lacayos se pegan la gran vida.

No quiero dar una mala impresión de Nevermore. En el fondo, no se pasa tan mal. Siempre puedes encontrar espíritus afines, con los que entablar fuertes lazos de camaradería. Hasta yo, había formado mi pequeño grupito. Grandes muchachos que no cuadraban muy bien en la hermandad patibularia que nos rodeaba. Déjenme hablarles un poco de ellos.

Bert, por ejemplo. Estaba en Nevermore por haber asesinado a un par de *muties* gemelos. Ya saben, esos animalitos centaurianos, cubiertos de un fino y sedoso pelo dorado. Los *muties* son adorables y sólo viven para hacer felices a sus dueños, para amarlos y cuidarlos. Nadie sabe por qué lo hizo, pero el caso es que los estranguló en un arrebato de locura.

Muchos no se explicarán porque tanto jaleo por unos animalitos casi irracionales y, además, científicamente no humanos. Toda la culpa la tiene el sensacionalismo de la prensa. En lugar de señalar las enormes diferencias que nos separan de los *muties,* se concentraron en describir las semejanzas. El que su configuración corporal se parezca sorprendentemente a la de la mujer humana, y que sus medidas sean

110-60-90

, es puramente accidental. No obstante, sus cuerpos desnudos y azulados por la falta de aire, fueron perfectamente explotados en cientos de hologramas. Estuvieron a punto de linchar a Bert durante el juicio.

Smart era distinto, pero también muy simpático. Me caía muy bien. Pequeño, encorvado, caminando siempre de puntillas y lleno de timidez, con su escaso pelo de rata, tenía unos dientes de

conejito que siempre le asomaban entre los labios, aunque estuviera serio. El que esos incisivos fueran de acero y los utilizase para roer el corazón de sus víctimas, no le restaban amabilidad, ni importaba lo más mínimo. Sólo tenías que ser precavido y no darle nunca la espalda.

Hardskull tiene el record de asesinatos de todo Nevermore, si bien hay que hacer constar que no está homologado. Se encontraba en el espacio-puerto de Galadon, esperando el expreso que le devolviera a su Tree natal, cuando, en un rasgo de generosidad, un grupo de kalarianos le invitó a compartir su comida. Desdichadamente, se trataba de plátanos, porque los kalarianos son vegetarianos. Hardskull se lo tomó como una ofensa personal y, antes de que la policía pudiera detenerlo, había despedazado a 34 kalarianos. No quieren homologar su record porque dicen que tener dos metros de altura, otros tantos de pecho, cuatro brazos y ser un goriloide de áspero pelaje amarronado, desmerece mucho la hazaña.

Como pueden ver, unos chicos encantadores.

No, yo no tengo nada que ver con ellos. Mi físico es muy normal, yo diría que casi vulgar. Humano típico, moreno, paso de 1,80 metros y me operaron de ambos ojos, a causa de una miopía galopante, enfermedad habitual hoy día. Las chicas con las que salía decían que era atractivo, pero claro, ¿qué iban a decir? El soltar en determinados momentos: «Mira, chico, eres un petardo, pero no tenía otra cosa a mano», puede ser ofensivo para uno, pero físicamente peligroso para quien lo dice.

Además, los motivos que me trajeron aquí fueron muy distintos. Soy un especialista en electrónica y mis jefes, en lugar de quedar deslumbrados por la sutil habilidad con la que conseguí desviar 10 000 000 de créditos a una cuenta particular en Suzzas, me echaron los perros al cuello.

Suzzas es ese planeta neutral, lleno de vacas terrestres y extraños relojes con pajarito incluido, en homenaje a no sé qué país de la vieja Tierra. Y, por supuesto, lleno de dinero de mil planetas. Nadie sabe cómo consigue generar tanta confianza en todos los sistemas habitados, ya que no tienen armada espacial, pero, seguramente, las dos mil naves pertenecientes a todos los planetas que tienen sus fondos depositados en Suzzas, deben influir. Nadie se

fía de nadie y todos tienen su representación en la flota que órbita en torno a su ecuador.

En fin, que la plana mayor del *Galador's Bank* decidió que mi inteligencia quedase desaprovechada para la raza humana y se pudriera en Nevermore de por vida. Si hubiese viviseccionado a la esposa del director general, seguramente hubiera salido mejor librado. El director, libre de su malhumor habitual, hubiera buscado alguna argucia legal para conmutarme la pena por un mes de vacaciones, con gastos pagados, en cualquier centro de recreo para ricos. Pero, mi crimen había sido mucho más horrible que viviseccionar a una esposa, estrangular a dos *muties*, o despedazar 34 kalarianos. Había descubierto una grieta en el sistema automático de computadoras del *Bank*
Galador's
. Y eso, amigo, se paga caro.

Comprenderán que no era especialmente seductora la idea de pasar los mejores —y peores— años de mi vida en Nevermore. Así que, ayudado por mis tres amigos antes citados, empezamos a preparar un plan de evasión.

Las posibilidades, para qué engañarnos, eran más bien escasas. Si conseguías escapar de las celdas, eliminar a los guardias, salvar el sistema automático de seguridad y reducir al alcaide, sin olvidar tomar la sala de comunicaciones, antes de que pudiesen enviar el aviso, tenías ante ti varios millones de kilómetros de vacío interestelar. Realmente, no era una perspectiva muy alentadora.

Se tenía que contar con la nave de aprovisionamiento que llegaba una vez al mes. Era indudable y nosotros lo sabíamos. Lo malo era que el alcaide y los guardias, también. Y eso suponía una desventaja palpable. Cuando la nave atracaba en la cara plana de Nevermore, donde se enterraban las instalaciones comunitarias y la parte administrativa, las medidas de seguridad se extremaban sensiblemente. Eso quiere decir que, en vez de porras neurológicas, los guardias llevaban fusiles-láser. Al menor movimiento sospechoso, quedabas convertido en una masa informe de carne achicharrada. Si por casualidad fallaban, lo más probable es que el láser abriese un boquete en la pared y, entonces, quedabas convertido en una masa informe de carne despresurizada.

No había más opciones.

Es fácil comprender que los intentos de fuga no fuesen demasiado populares en Nevermore. A los guardias, por supuesto, no les ocurría nada. Llevaban trajes espaciales. No era jugar limpio, claro, pero habíamos intentado provocarles muchas veces, sin que mordieran el anzuelo. No tenían espíritu deportivo.

Antes he dicho que los implicados en el intento de fuga éramos cuatro. Es cierto y no lo es. En un principio, habíamos sido cinco. Me había olvidado de «Eggs» Martin, pero tuvimos que darle de baja, instantes después de que Hardskull expusiera su plan. Era sencillo: sólo teníamos que reventar la puerta de nuestras celdas, matar a todos los guardias que se cruzasen en nuestro camino, arrasar las instalaciones, pasar a cuchillo a los tripulantes de la nave de aprovisionamiento y escapar.

Lamentablemente, a Martin se le ocurrió opinar que semejante plan era una completa estupidez, y eso le sentó muy mal a Hardskull, que se dispuso a darle una demostración práctica de la primera fase. Estaba seguro de que, con unos cuantos golpes bien dados, las puertas acabarían cediendo y utilizó a Martin como ariete. La puerta no cedió, pero Martin consiguió salir al pasillo… ¡a través de los barrotes de la reja! ¡Lástima que no fuera de una pieza!

Los guardias tardaron una semana en limpiar los barrotes de los pertinentes restos de carne y huesos que parecían incrustados tercamente en ellos.

Los demás dimos unas palmaditas cariñosas en la espalda de Hardskull y reconocimos que su plan era muy bueno. Apenas tendríamos que pulir algunos detalles sin importancia. Hardskull sonrió y ni siquiera se dio cuenta de que, con la excusa de los detalles, empezamos a tramar otro plan completamente distinto.

Finalmente, habíamos conseguido elaborar uno. No era gran cosa, lo reconozco. Lo más seguro era que nos saliera mal, pero ¿qué podíamos perder? ¿La vida? Ya estábamos enterrados en vida. Enterrados en un gran féretro circular de acero y plástico.

A causa de mi buen comportamiento —era un preso ejemplar— y mis conocimientos, tenía cierta manga ancha en Nevermore. El alcaide, por ejemplo, me había llamado varias veces para que le arreglase su proyector holográfico. Me decía, con lágrimas en los ojos, que si no lo arreglaba, no podría proyectar los hologramas que

le enviaba periódicamente su familia. Y, para él, su familia era lo más importante, lo más sagrado de su vida. Le rompía el corazón verse tan alejado de ella. Una vez, pude leer el título de uno de los holos que conservaba en una estantería como oro en paño. Era: «Ninfómanas en celo». Debía de tener una familia muy pintoresca.

Si existía el menor problema en la prisión, fuera de la naturaleza que fuese, la nave de aprovisionamiento no se acercaba a Nevermore hasta que éste se solucionase. Y todo el mundo estaba interesado en que aterrizase. Hasta los guardias. Quizá les motivase el que, junto a las provisiones, cartas y demás tonterías, la nave trajera una docena de chicas, a las que llamaban Reposo del Guerrero. Sí, no eran más que lo que están imaginando, pero ellos las llamaban así. Hasta los guardias tenían su corazoncito. Seguramente de acero al vanadio, pero lo tenían.

Mis socios se encargarían de provocar un fallo en el sistema electrónico, de forma que yo pudiera estar fuera de mi celda cuando llegase la nave de aprovisionamiento. Nada de importancia, no podrían conseguirlo aunque quisieran, pero lo suficiente como para que se requiriese mi presencia.

Si yo estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado, podría dejar sin energía a Nevermore, conectar los circuitos precisos y abrir las celdas.

Cuando los guardias tuviesen que enfrentarse a 3000 locos furiosos, sedientos de sangre, es posible que no notasen nuestra falta hasta que fuese demasiado tarde.

2

Así estaban las cosas.

Faltaba muy poco para el momento crucial y allí me retorcía yo de impaciencia en mi celda.

Habíamos visto la llama del cohete de aprovisionamiento y, apenas había empezado a desacelerar para situarse en nuestra órbita, cuando, de repente, sentí que el estómago me subía a la garganta. En principio lo achaqué a los nervios, pero cuando vi que no sólo era mi estómago, sino todo mi cuerpo el que se elevaba, me di cuenta de que habían parado la rotación de la prisión. Habían anulado la gravedad y allí estaba, luchando porque la comida volviera a su sitio.

¡Aquellos idiotas se habían equivocado! ¿A quién podía importarle que fallase la gravedad? No era el tipo de avería que necesitábamos.

Mi intuición me dijo que algo no iba bien. Aquello no había sido provocado por mis amigos. El ver a los guardias de seguridad con botas imantadas, armados hasta los dientes y avanzando directos hacia mi celda, ayudó un poco, lo reconozco.

Nos habían descubierto.

¿Un chivatazo, o lo habían averiguado ellos solitos?

Hice un rápido repaso de las precauciones que habíamos tomado: nunca nos habíamos expuesto de cara a ninguno de los objetivos de las 2000 cámaras que estaban distribuidas por el interior de la prisión; habíamos eludido los micrófonos ocultos de los pasillos, las camas y las tazas del lavabo; nos habíamos mantenido alejados de las dos docenas de chivatos oficiales; las cámaras Kirlian no habían podido detectar ninguna alteración en nuestra aura, debida a la excitación; ni siquiera nos habíamos comunicado por morse, para evitar los sensores de los barrotes. Nos habíamos comportado como ángeles y permanecido al margen de

todas las broncas que estallaban espontáneamente.

Quizás ése había sido nuestro error. Ser demasiado buenos.

Las mentes pervertidas que rigen una prisión de máxima seguridad, esperan que la gente se desmande de vez en cuando. Al fin y al cabo, ¿no son criminales convictos y confesos?

Fuera como fuese, nos habían descubierto y ya no tenía remedio. Venían por nosotros y sólo restaba una cosa por hacer: ¡vender cara nuestra derrota!

Sonaba muy romántico y, apenas lo pensé, me entró un sudor frío por todo el cuerpo. ¿No era yo un tipo práctico? Entonces, ¿para qué tenía que caer en tales infantilismos? Me quedaría quietecito en mi celda y, cuando vinieran por mí y me interrogaran, negaría, negaría y negaría… hasta que empezasen las torturas.

Lo siento, pero no soy ningún héroe y todo tiene un límite. Cuando yo llegase a él, cantaría como el más refinado barítono. Si era necesario, acusaría hasta al mismísimo alcaide.

Pero, cuando manipulaban la puerta de mi celda, no pude contenerme. Estaba flotando penosamente cerca de la pared opuesta a la entrada y de cara a ella. Mi cuerpo actuó sin mi consentimiento, lo juro. Es la única excusa que puedo dar. Todo lo que vendría después, sólo puede ser imputado a mis reflejos.

En el momento en que la puerta se abría, mis piernas se dispararon espasmódicamente hacia atrás y, al chocar contra el muro, me impulsaron hacia delante como un obús.

El guardia que iba a entrar en mi celda, ni siquiera se enteró de lo que le había golpeado. Yo, sí. Fue mi cabeza. El chichón aún lo conservo.

Yo no era ningún hombre del espacio. Mi única experiencia en gravedad cero había tenido lugar en el viaje a Nevermore, y eso, porque el transporte era demasiado tacaño como para malgastar energía, haciendo rotar la nave. Así que el choque me hizo salir rebotado hacia un lado, dando vueltas sobre mí mismo, incontroladamente.

Eso me salvó.

La porra neurológica del segundo guardia pasó a milímetros de mi cabeza y fue a estrellarse contra su compañero. Si hubiera tenido tiempo, de buena gana me hubiera reído, sobre todo pensando en las posteriores explicaciones.

No supe quién había recibido el golpe, pues todos los guardias me parecen iguales. Si han sido ustedes buenos chicos y le han dado la mitad del sueldo a su mujer y la otra mitad a Hacienda, seguramente nunca habrán visto a ninguno de estos brutos, nunca habrán tenido que cruzar su camino con el suyo. Son un producto de los tanques genéticos, creados exprofeso para esta tarea. Bestias sin cerebro. Y lo digo literalmente. Bueno, casi literalmente. Están lobotomizados, lo que les convierte en autómatas obedientes y casi insensibles.

Si en el pasado, las técnicas genéticas no se hubieran desarrollado un poco más despacio que las electrónicas, no hubiera hecho falta crear los robots. No podía imaginar algo más parecido.

Mientras, seguía flotando por el eje central del cilindro, en dirección a las celdas diametralmente opuestas a las mías. Si no conseguía coordinar mis movimientos y disminuir la velocidad, tendrían que rascar mis restos de la pared en cuanto me estrellase contra ella.

Di un golpe de riñones y logré que mis piernas se pusieran por delante de mi cabeza. Dicho así parece fácil, pero inténtenlo y verán. Ellas absorberían el impacto y, si flexionaba mis rodillas y me impulsaba en el ángulo adecuado, rebotaría hacia arriba, hacia los pisos superiores. Destino: la parte administrativa. Una vez allí, improvisaría. Mejor dicho, seguiría improvisando.

Si mis compañeros habían sido inteligentes —aunque reconozco que eso era esperar demasiado— intentarían reunirse conmigo.

No pude hacer nada.

Algo me estalló en la cara, llenándome los ojos de un líquido rojo y viscoso. Miré hacia atrás y, entonces, distinguí algo en lo que no me había fijado hasta ese momento. El eje central del cilindro estaba lleno de bolitas rojas de distintos tamaños. Algunas, apenas eran visibles. Otras, eran como mi puño. Seguro que se trataba de una nueva arma antidisturbios. El líquido debía de endurecerse al contacto con el aire, incapacitándonos para poder movernos.

Pero, vi algo más.

Yo no era el único que se movía por el cilindro. Sin contar con los guardias, claro. Había una docena de cuerpos más, por lo menos, aunque no daban la impresión de moverse por su propio impulso, sino más bien derivar errática, lentamente. Las bolitas

parecían concentrarse a su alrededor.

Entonces, descubrí los agujeros, las heridas en los cuerpos flotantes. Las bolitas no confluían hacia ellos, sino al contrario, se desprendían de sus cuerpos. Eran de sangre, sangre que escapaba de los inanimados cuerpos de aquellos desgraciados. Los guardias no se habían andado con chiquitas. Tenían un trabajo que cumplir y lo hacían a la perfección: dejando un rastro de muerte tras ellos.

Por un instante, quedé tan horrorizado que me olvidé de mi velocidad, de mi posición… ¡y de la pared hacia la que me dirigía! Choqué violentamente contra ella de espaldas.

Estaba pugnando por conservar el conocimiento, por dar nitidez a las borrosas imágenes que veía, cuando una sombra enorme, gris acero, se irguió ante mí.

Era uno de los guardias.

Me había seguido y, maniobrando expertamente, había conseguido darme alcance.

Con una sonrisa en sus labios, alzó la porra neurológica. Sólo tuve tiempo de pensar que no eran tan insensibles como parecían. Eran capaces de tener sentimientos, como mínimo el de un placer sádico y salvaje.

Cuando descargó su golpe, ya no tuve que pugnar por conservar la visión, aunque fuese borrosa. Todo se hizo negro y me desmayé de dolor.

3

Desperté en la enfermería.

Seguía sin ver nada, pero no estaba solo. Podía oír perfectamente el ahogado susurro de la gente que se movía a mi alrededor. Intenté girar el cuello, pero sentí una punzada de agonía, allí donde me había percutido la porra. Decidí esperar unos cuantos años a que se me pasase el dolor. Después de todo, no pensaba ir a ninguna parte. Nevermore seguiría siendo mi hogar hasta que me lanzasen al espacio con los pies por delante.

En un esfuerzo sobrehumano, reuní fuerzas para abrir los ojos, pero, sorprendentemente, no me costó hacerlo. Más tarde, comprendí que no había sido mi titánica fuerza de voluntad la que había obrado el milagro, sino que el doctor, al sospechar que estaba recuperando la conciencia, me había levantado los párpados para cerciorarse de que era así.

Estaba paralizado, incapaz de mover un solo músculo. No, no me habían atado de pies y manos. Era por culpa de la porra.

El doctor se acercó a mí con una jeringuilla hipodérmica en la mano y la clavó sádicamente en mi brazo. Creía que hacía siglos que habían dejado de utilizarse, pero eran instrumentos demasiado tentadores para un experto torturador. Y el doctor Alisius lo era.

Me miró moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras comentaba:

—Fue una locura. Nunca lo hubieran conseguido.

—¿Cómo lo sabe? —conseguí articular, a duras penas—. ¿Lo ha intentado alguna vez?

El doctor, con un gesto de rabia, removió la aguja en el interior de mi brazo. No apreciaba mi refinado humor, no había duda, y se vengaba inyectándome plomo fundido en las venas.

Sentí como una especie de fuego volcánico corría por mis venas y terminaba por estallar espectacularmente en mi cabeza. Si se me

hubiera reventado la tapa de los sesos en mil pedazos, no me hubiera extrañado.

Lancé un alarido espeluznante —al menos, a mí me lo pareció—, pero nadie pareció conmoverse, e, inmediatamente, me encontré mejor. Los enanitos que se dedicaban a rebanarme los nervios parecían haber desistido en su empeño.

—El alcaide Johnston quiere verle —dijo el doctor—. Veremos si, después de hablar con él, sigue de tan buen humor.

—¿Por qué? —respondí—. ¿Le toca a él ponerme una lavativa?

—¡Lleváoslo! —bramó el doctor, dirigiéndose a los guardias que no me quitaban ojo de encima—. Ya puede caminar…

La teoría podía ser cierta, pero debería habérsela explicado detalladamente a mis piernas porque no parecían haberse enterado. Se negaban a sostenerme.

Los guardias debían de ser sordos, porque no esperaron a que me levantase por mis propios medios. Me cogieron de ambos brazos y me arrastraron entre ellos. A lo mejor, sólo querían ahorrarse el barrido mensual, porque fui recogiendo toda la mugre del suelo con mis rodillas. Siempre me he preguntado cómo puede almacenarse tanto polvo en pleno espacio. En fin, misterios del universo.

Mis alegres compañeros de juerga y yo llegamos a la oficina del alcaide y me soltaron en una silla que se encontraba delante de su mesa.

La habitual cara de estreñimiento crónico de Johnston, tenía una mueca espantosa. Sus esfuerzos por evacuar debían de haberle desgarrado el intestino, provocándole una úlcera sangrante. No cabía otra explicación.

—Bien, Summers. Todo ha terminado, afortunadamente —me espetó, a modo de bienvenida.

—Sí —admití—. Las úlceras que llegan a ese extremo, suelen ser mortales casi siempre.

Johnston parpadeó desconcertado y dirigió una mirada interrogante hacia el doctor, que se había añadido a la timba.

—No me había dicho nada de una úlcera.

—No… no tiene ninguna… —balbuceó el aludido.

El mejunje que me habían inyectado en las venas estaba haciendo su efecto. Me estaba recuperando a pasos agigantados. Me encontraba mejor a cada segundo, más tranquilo y relajado. Esos

cerdos debían haber mezclado un sedante hipnótico para hacerme más manejable. Les maldije mentalmente, pero con poca convicción, lo reconozco.

Me sentí lo bastante feliz como para deshacer el error.

—Creo que ha habido una pequeña confusión —acepté, amablemente—. No hablaba de mi úlcera, sino de la suya.

—¿La mía? —preguntó Johnston, abriendo los ojos como platos —. ¿De qué está hablando este imbécil?

—Nuestro Summers se cree muy gracioso, señor —explicó el doctor.

—¡Ah, eso! Ya entiendo… —admitió el alcaide complacido, haciendo un suave movimiento de cabeza a uno de los guardias.

El gorila movió descuidadamente su mano y me alzó a mí contra la pared. Antes de darme cuenta de lo que había pasado, volvía a estar sentado en la silla con la cara insensible por el golpe. Muy eficiente.

—Empecemos otra vez, Summers. Estoy intentando ser amable, así que pórtese bien y todos saldremos beneficiados… —añadió el alcaide.

Y volvió a hacer la mueca. Astutamente, deduje que era una sonrisa. Se la devolví en la medida de mis posibilidades. Es más bien difícil sonreír con media cara.

—De acuerdo. Los dos nos portaremos bien. ¿Qué tal si me devuelve a Galador? Hágalo y no le causaré ningún problema más.

Volvió a mirar al guardia. Quise levantar las manos para protegerme del golpe que vendría a continuación y me encontré tendido en el suelo. La próxima vez, tenía que ser más rápido.

—No tengo ganas de juegos, Summers —escupió Johnston, como si aquella situación me divirtiese—. ¿Quiénes estabais implicados en el intento de fuga?

A pesar de la droga que embotaba algo más que mis sentidos habituales —lo descubrí al pensar, inconscientemente, en los holos del alcaide— mi cabeza empezó a resonar como una campana de alerta. Podía ser un efecto secundario de las «caricias» del guardia, pero no lo creía.

Puse mi expresión más pétrea antes de responder:

—No sé de qué me está hablando.

La mueca de Johnston, desapareció.

—Lo sabe muy bien, Summers. Smart nos ha contado muchas cosas. Sólo necesitamos que usted las confirme, un mero trámite. Si además añade algunos detalles para demostrar su deseo de colaborar, procuraré que su estancia aquí sea lo más cómoda posible…

—¿Me dejará ver los hologramas de su familia? —pregunté, sarcásticamente.

Si el alcaide no tenía úlcera, le acababa de provocar una. Su rostro se quedó blanco, sin sangre. Disfruté imaginando como se derramaba por su sistema interno.

Me cubrí rápidamente la cabeza con las manos, antes de que me llegara el golpe. Pero no llegó. Estaban esperando que me descuidase, que bajase los brazos, así que los conservé altos… mientras pude, que no fue mucho. Cuando ya me resignaba a aceptar lo inevitable, me di cuenta de que no corría ningún peligro. El alcaide no había hecho la seña característica. Seguía mirándome con la boca como un buzón.

Había tocado hueso.

Callé prudentemente.

Cuanto más tiempo permaneciera en las nubes, más tiempo tendría yo para pensar. Puedo ser tonto, pero bastante menos de lo que la gente se imagina. El alcaide había utilizado el viejo truco que ya se usaba hacía por lo menos treinta y tanto siglos: «Lo sabemos todo, muchacho, así que no nos importa que hables, Haciéndolo, sólo te beneficiarás tú mismo». ¡Y una mierda! No tenía ni la menor idea de lo que habíamos planeado. Seguramente se había olido algo raro y había tomado sus medidas… con demasiada precipitación.

Cuando el alcaide Johnston descendió del limbo, se limitó a fulminarme con la mirada y levantarse, haciendo una seña a los guardias.

—Tráiganlo.

Levanté de nuevo los brazos a toda velocidad, pero sólo conseguí facilitarles la tarea. No querían pegarme, sólo cogerme. Por lo visto, últimamente no daba una.

Me llevaron a rastras a otra habitación, donde había una larga hilera de camillas antigrav, cubiertas con sábanas. Sentí un escalofrío. Bajo aquellas telas, se adivinaban cuerpos. ¡Y había 17, una tras otra!

Un último empujón me hizo caer encima de una de ellas, la primera. Aún no había intentado incorporarme, cuando el alcaide retiró la tela que cubría el cuerpo, destapando su torso.

Quizás había sido un ser humano, pero era difícil asegurarlo. Le faltaba media cabeza y la otra media era un amasijo sanguinolento. Podía ser un láser o un concienzudo trabajo con las porras. Deseé que hubiera sido lo primero. Al menos, habría muerto instantáneamente. De todas formas, era fácilmente reconocible, en cuanto te fijabas en los dos brillantes incisivos que sobresalían por entre sus lívidos labios. Smart. O lo que quedaba de él.

—¿Y bien?… —interrogó el alcaide.

—No hacía falta que me lo demostrase. Ya sé lo sanguinarios que son. Podrían asesinarnos a todos antes del desayuno, sólo para abrir el apetito.

—¡No fue un asesinato! —gritó Johnston—. Fue un… un accidente…

—Como quiera. Sé que son capaces de «accidentarnos» a todos antes del desayuno y…

—¡Cállese, Summers! ¡La culpa no fue nuestra!

—Explíqueselo al juez. Ojalá le toque el mismo que a mí. Es especialista en desmontar cuentos de hadas…

—No insista en hacerse el gracioso, Summers. No lo es. Sabe muy bien que podemos explicarlo todo perfectamente. Sobre todo después de lo que nos contó Smart…

—¿Antes o después de morir?

—¡Él se lo buscó! —estalló el alcaide—. Nunca se ha escapado nadie de Nevermore y nadie se escapará mientras yo esté al mando del penal. Dígame quiénes estaban implicados con usted y Smart en la fuga y seré benigno.

—¿Quiere decir que me matará rápidamente, sin hacerme sufrir demasiado?

—¡Hable de una vez!

—¿No habló Smart bastante?

—¡Quiero que me lo diga usted! —y se abalanzó sobre mí como un poseso—. ¡Hable, bastardo!

Aquello era un callejón sin salida y no precisamente para mí. Comprendí lo que ocurría. Aquel bestia no tenía ni idea de lo que había sucedido. Tan sólo tenía 17 cadáveres entre las manos y,

aunque pertenecieran a reclusos, eran difíciles de explicar, si las explicaciones no venían apoyadas con pruebas evidentes.

Tenía dos soluciones: Hablar o callar.

Si hablaba, no sólo colocaría una soga alrededor de mi cuello, sino que salvaría el puesto de aquel cerdo sanguinario. Ya lo he dicho, no soy ningún héroe, pero vendería por quincuagésima vez mi alma, si eso le ponía las cosas difíciles. Si callaba… bueno, ya sabía a lo que me exponía, pero me necesitaban, no se atreverían a atornillarme demasiado. No podían presentar mis pedazos a la Comisión de Investigación, y decir: «Aquí tienen la prueba de que sólo cumplimos con nuestro deber, evitando una fuga». Los miembros de la Comisión suelen tener el estómago muy delicado.

Inspiré todo lo profundamente que pude y dije:

—Muy bien, volvamos al principio.

—Eso está mejor. ¿Quién preparaba la fuga?

—No sé de qué me está hablando.

El alcaide Johnston no movió un solo músculo de su cara. Habló mirándome fijamente, pero sin dirigirse a mí.

—Llévenselo. Ya saben lo que tienen que hacer.

4

Les vencí por agotamiento.

Cuando terminaron conmigo, necesitaban unas vacaciones urgentes en una casa de reposo. Estaban agotados.

Yo… ya se sabe, acabé un poco menos guapo, pero no tenía nada que no pudiera remediarse con varios millones de créditos y el mejor especialista en cirugía estética de la galaxia.

Mis huesos rotos ya se habían soldado, cuando me llevaron al despacho del alcaide. Parecía haber envejecido veinte años.

—No crea que ha vencido, Summers —masculló entre dientes—. Quizá nos haya hecho las cosas un poco más complicadas, pero saldremos de ésta. Se lo aseguro.

—Lo veremos —respondí.

No quería ser despectivo, pero no podía pronunciar frases largas. Mi labio inferior aún estaba cicatrizando.

Johnston respondió:

—En eso se equivoca. Usted no lo verá. Estamos esperando a varios miembros de la Comisión Investigadora y no quiero que le molesten con largos y pesados interrogatorios. Necesita un buen período de descanso, ¿verdad?

—No se preocupe por mí. Mi verdadera vocación, siempre fue la de masoquista.

—Me alegro, porque va a ver cumplido hasta su más íntimo y secreto sueño. En principio, le mandaremos a Galador en una cápsula. Desde allí, con el máximo secreto, mis hombres le enviarán directamente a Términus.

Rebusqué en los fragmentos de memoria que me habían dejado intactos, algo lo suficientemente siniestro, como para justificar la sonrisa-mueca de Johnston. Pero sólo conseguía evocar la idílica imagen de un tranquilo planeta lleno de enciclopedistas, dedicados a una tarea imposible: la de compilar todo el saber y la historia

humana, en una magna enciclopedia galáctica. ¿Necesitarían algún especialista para sus bancos de datos? Era probable. Lo que ya no era tan probable era que Johnston me tuviese reservado un futuro tan tranquilo.

—No está mal —acepté, tanteando—. El saber nunca ocupa lugar. O eso dicen, por lo menos.

La mueca de Johnston se acentuó para demostrarme lo equivocado que estaba.

—No hablaba de *ése* Términus. Me refería al Términus de Antares.

Tenía que haberlo imaginado. Ese Términus era un planeta frontera, un inhóspito mundo azotado por tormentas de amoníaco, cuyo único interés residía en las minas de comburio. Dudo que hayan oído hablar de él, a menos que sean científicos o se codeen con la alta sociedad. Las gemas de comburio son especialmente apreciadas por su belleza y rareza. Dudo que existan más de doscientas en todo Galador y sus lunas. Pero eso no evita que los colonos de Términus, prácticamente reducidos a la esclavitud por su gobernador, tengan que buscar durante 24 horas al día. Su promedio ele supervivencia es del 0.01 %, y en ese promedio están incluidos el gobernador y su corte, que sólo abandonan los refugios cuando tienen que subir a la nave que les conduce de regreso a Galador.

Quizá hubiera medios mecánicos más sofisticados para buscar las gemas que la masacre de los colonos, pero la maquinaria es cara y los humanos son una de las materias primas más abundantes y baratas de la galaxia. ¿Por qué arriesgar costosísimos equipos, cuando se podían comprar los buscadores a peso?

Johnston debió deducir por mi expresión que acababa de darme cuenta de mis ínfimas posibilidades de supervivencia, porque volvió a exhibir su mueca, mientras comentaba muy satisfecho:

—Adiós, Summers. Hasta nunca.

—Nos veremos en el infierno —escupí con rabia.

No le causó la más mínima incomodidad. Agregó:

—No lo creo. No tengo pensado ir por Términus en los próximos años.

Era su momento triunfante y estaba disfrutando de él. Intenté amargárselo como pude. Conseguí dominarme lo suficiente como

para exhibir la tímida parodia de una sonrisa.

—No cante victoria tan pronto, Johnston. Aún no he llegado a Términus. El viaje es muy largo y pueden suceder muchas cosas en el camino…

—Llegará, Summers, llegará. Yo me ocuparé personalmente de eso. Para empezar, le presento a su compañero de viaje.

Y, haciendo un gesto teatral, se volvió hacia la puerta de su despacho.

Cuando *él* entró, la habitación pareció encogerse repentinamente. Allí estaba, imponente y majestuoso, el futuro causante de todas mis desdichas. Sí, sí, han leído bien. Todo lo que había ocurrido en Nevermore sólo era un juego de niños, comparado con lo que me reservaban los próximos días.

Era un robot.

Un robot de dos metros y medio de altura y una envergadura que habría hecho palidecer de envidia a Hardskull. Tosco y primitivo —más o menos de la tercera generación—, pero compacto y duradero. Actualmente, los robots de su tipo estaban relegados a trabajos pesados y fáciles. No podías pedirles tareas especializadas o delicadas, debido a su primitivo cerebro, pero sí efectividad. Las cosas se hacían bien en los viejos tiempos.

Su forma era humanoide, con cabeza, brazos y piernas. La cabeza apenas tenía dos células fotoeléctricas a modo de ojos, y una abertura como boca. Parecían haberse inspirado en los antiguos grabados de los buzones terrestres. Sus brazos terminaban en garras, pálida imitación de las manos humanas. Eran intercambiables y, en aquel momento, habían sustituido una de ellas, por una especie de argolla metálica circular. No tenía duda acerca del lugar donde se cerraría aquel aro metálico: mi muñeca. Las dos columnas elefantiacas que le servían de piernas, terminaban en un remedo de botas que, sabía muy bien, disponían de ruedas retráctiles para desplazarse a mayor velocidad en caso de necesidad.

—No seré muy útil en Términus, con su muchacho cogido de mi muñeca —comenté para fastidiarle.

No era mucho, pero tampoco se me ocurría nada más hiriente.

—¡Oh, no se preocupe por eso, Summers! —comentó el alcaide —. Tiene órdenes muy específicas. Le llevará hasta Galador y le dejará en la puerta del carguero de Términus. Allí y sólo entonces,

se librará de él… ¡Para pasar a manos de la policía de Términus! No saldrá ganando con el cambio, ¿no le parece?

Me lo parecía, pero no pensaba reconocerlo.

—Siempre puedo cortarme el brazo… —balbuceé.

—Sí, siempre puede cortárselo —admitió Johnston. Cualquiera hubiese dicho que estaba relamiéndose con la idea—. ¿Tiene los dientes suficientemente afilados, Summers?…

—¡Hijo de perra!

Johnston lanzó una seca orden al robot, y éste se acercó hacia mí, levantando el brazo terminado en la argolla metálica. No podía escapar, no tenía donde ir, pero no pude evitar un movimiento instintivo de huida. No sirvió de nada. Los guardias me atenazaron por la espalda, inmovilizándome.

Otro me sujetó el brazo y lo levantó a pesar de todos mis esfuerzos. Ambos temblábamos con todos los nervios en tensión, luchando por imponernos.

Naturalmente, perdí.

La argolla se cerró en torno a mi muñeca, con un sonido más lúgubre que el más antiguo de los grilletes.

Yo sabía que nada ni nadie, excepto el que tuviera la clave cifrada para impartir contraórdenes al robot, lograría que se abriera.

La suerte estaba echada.

5

Hoy día, quién más, quién menos, ha viajado en una nave espacial, aunque sea en un corto vuelo transatmosférico de un continente a otro de Galador. O bien, ha visto multitud de fotos interiores de las naves de pasajeros en las revistas de moda.

Pues bien, olvídense de todo eso. Una cápsula no se parece ni siquiera al más paupérrimo de los transportes espaciales. Una cápsula no es más que un óvalo de metal, destinado a las cargas más resistentes y difícilmente susceptibles de estropearse. Por no tener, no tiene ni motores, sólo unas pequeñas toberas de aire comprimido para efectuar correcciones de vuelo en pleno espacio. La velocidad inicial se consigue aprovechando el impulso orbital de la nave que lo lanza hacia su destino, que suele ser una estación orbital, u otra nave en sentido contrario. ¿Blindajes antirradiación? ¿Ojos de buey para contemplar el paisaje?… ¡Por favor! ¿Qué lujos son ésos? Johnston quería que empezase a pagar cuanto antes mi tozudez.

No obstante, habían acoplado una butaca acolchada en su interior. Tampoco era cuestión de que quedase destrozado por la inercia y las varias gravedades del lanzamiento.

El robot no necesitaba ninguna butaca, así que lo sentaron a mi lado. Seguramente, era más resistente que la propia cápsula.

Teníamos muchas horas por delante, así que intenté ser amable. Me volví hacia él y le dije:

—Ese bruto de Johnston no nos ha presentado. Me llamo Summers, Scott Summers.

Sólo me respondió el silencio.

—¿Cómo te llamas? —insistí. Quizá no había empleado la fórmula adecuada.

—Soy la unidad PP-247 —respondió con su metálica y átona voz —. Y mi misión es llevar al humano Scott Summers, sano y salvo,

ante las autoridades oficiales de Términus.

—¡Hummm! Interesante misión, ¿no te parece? —comenté, intentando halagarle.

—Es una misión —respondió secamente.

—Sí, desde luego —reconocí—. Pero, estoy seguro de que existen misiones mucho más interesantes para un robot de tu clase. Si quieres, puedo sugerirte algunas que harán fundir de placer tus circuitos. Luego, una vez completadas, siempre puedes llevarme a las autoridades de Términus.

—Mi misión es llevar al humano Scott Summers, sano y salvo…

—Ya lo sé, ya lo sé… —le corté—. Ya lo has dicho antes. Pero lo dices porque no has pensado en la apasionante aventura de buscar comburio. Yo creo que, si recapacitases bien, preferirías embarcarte tú mismo hasta Términus, en lugar de darme a mí la oportunidad —intenté exhibir una luminosa sonrisa—. ¡Ah, ésa sí que es una misión importante! ¿Qué te parece?

—Mi misión es llevar al humano Scott…

—Está bien, olvídalo. No he dicho nada.

El chico no estaba muy dotado para la vida social. Parecía un disco rayado, tocando siempre la misma canción. A mí, me sonaba como un funeral.

Aquello me hizo enfadar y decidí descargar mi mal humor en mi pobre guardián.

—Oye, ¿sabes que tienes una jeta de idiota que asusta?

—Sí, lo sé —respondió ante mi sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Joe siempre me lo decía.

La siguiente pregunta era obvia.

—¿Y quién es Joe?

—Mi programador. Me programó para realizar mis tareas específicas pero, además, puedo jugar al ajedrez, recitar las obras completas de Shakespeare, Isaac Asimov y Raymond Chandler, cantar canciones obscenas y hacer trampas al póquer.

—¡Vaya! Tu programador debía de ser un tipo muy simpático.

—Sí, lo era.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? —pregunté, extrañado—. No creí que os construyeran con sentido del humor.

—Joe siempre me lo decía.

Encantador, no había duda. Me hubiera gustado conocer al tipo llamado Joe, pero no creo que se diera la casualidad.

¿De qué demonios se puede hablar con un robot? No tenía ni la menor idea. Así que me dediqué a algo más práctico.

Empecé a tensar lentamente los músculos del brazo para ver como reaccionaba el robot. ¿Quién sabe? Si tenía la consigna de llevarme «sano y salvo» hasta la nave de Términus, no todo estaba perdido. Sólo tenía que intentar cumplir las órdenes al pie de la letra. Si adaptaba la presión de su argolla-esposa a mi brazo, quizá pudiera tensar los músculos lo suficiente como para que, con un rápido estirón, pudiera hacer pasar mi mano por el agujero. Todo era cuestión de rapidez y la serie
PP
no se distinguía precisamente por eso. No funcionó.

En cuanto empecé mi maniobra, la esposa se cerró automáticamente un centímetro más. Cuanto más apretaba, más se cerraba la argolla. Había sido programada para compensar cualquier truco.

Finalmente, tuve que desistir antes de que me rompiera la muñeca. En cuanto me relajé, la esposa volvió a su posición inicial. Los sensores le funcionaban perfectamente. Veríamos si sus circuitos cerebrales estaban tan bien calibrados.

—¿No podrías aflojar un poco esa cosa que tienes por mano?… —le pregunté amablemente—. Me haces daño.

—La presión está calculada para no causar dolor y se mantendrá constante, a menos que…

—Vale, vale. Enterado —no tenía por qué explicármelo. Lo había sufrido en mis propias carnes—. No obstante, ya que estamos en esta cápsula hermética en medio del espacio, sin sitio donde escapar, podrías soltarme un ratito, ¿no? Luego, ya dejaré que me vuelvas a coger, cuando estemos en Galador.

—Imposible. Mi misión es llevar al humano Scott Summers…

—… sano y salvo, ante las autoridades oficiales de Términus —concluí parodiando su monótona voz.

La cabeza del robot se giró lentamente hacia mí y sus ojos se apagaron y encendieron repetidamente, como si estuviera parpadeando.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, con lo que tomé como un asomo

de perplejidad.

—¡Porque yo soy el humano Scott Summers, imbécil!

—Todos los humanos me parecen iguales —sentenció, antes de volver a su posición original. Tras unos segundos, añadió—: Todos excepto Joe.

¡Lo que me faltaba! En cualquier momento, se me pondría sobre las rodillas y lloraría lágrimas de aceite recordando a su papaíto Joe. No podría resistirlo. Y mis rodillas mucho menos, claro.

Decidí cambiar de conversación.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —empecé de forma casual.

—Mi misión es llevar al humano Scott Summers…

—Quiero decir, ¿a qué te dedicas cuando no haces de carcelero de convictos?

—Puedo jugar al ajedrez, cantar canciones obscenas…

—Cancela la pregunta. No he dicho nada.

Si aquello seguía así, no haría falta que me llevaran hasta Términus. Un esquizofrénico no es un buen buscador de comburio.

—¿Quieres que cante la canción de *Peggy la ninfómana*? —se ofreció, en la primera muestra de acto espontáneo que había dado desde que nos presentó nuestro común amigo, el alcaide Johnston.

—¡Oh, sí! ¡Canta, por favor, canta…! —pedí fervientemente.

Cantaba de forma horrible, por supuesto. Pero no me importaba. Acababa de descubrir una forma de librarme de su insistente abrazo. Y cuanto más distraído estuviera —en caso de que un robot pueda distraerse cantando canciones pornográficas—, mejor.

Yo soy un especialista y había estado tomando el camino equivocado. Conocía a las máquinas y entre ellas se incluían los robots, digan lo que digan los miembros de la Sociedad Pro-Igualdad Sexual entre Robots y Humanos. Por cierto, ¿seguirán existiendo? Si se toman al pie de la letra sus consignas, no creo que tengan muchos descendientes para perpetuar la sociedad.

Como iba diciendo, conozco a los robots y sé que no hace falta un complicado ordenador para programarlos. Basta efectuar una sutil alteración en sus microcircuitos lógicos, o provocar un fallo total de energía en su pila atómica interna, o, incluso, cambiar simplemente algunos de sus bancos básicos de datos. Para todo eso no se necesita ningún complicado ordenador. Pero, desgraciadamente, se necesitan varios cientos de kilos de equipo

diverso que no encontraría en la cápsula.

Lo único que tenía al alcance de la mano era una pesada barra direccional de unos 20 kilos de peso, olvidada en algún viaje anterior. ¿Para qué necesitaba hacer todas las zarandajas anteriores si le podía machacar el pecho de un buen estacazo que le dejase fuera de combate? Sí, el pecho. Es allí donde se encuentran sus principales circuitos. Aquello me dio nuevos ánimos. ¡Empezaba la operación «Hardskull»!

Entre tanto, mi alegre compañero había terminado «Peggy la ninfómana» y la había emprendido con «Corramos alegres al montón», ajeno a mis malévolas intenciones.

Le dejé cantar y, pretextando un cambio de postura, di un cuarto de vuelta sobre mí mismo. Procurando no mover el brazo izquierdo, alargué la mano derecha hacia la barra.

Conseguí cogerla.

Ahora, todo dependía de mi velocidad y mi fuerza. Quizás un solo golpe no fuera suficiente. Es más, estaba casi seguro. ¿Cuántos golpes podría propinarle, antes de que reaccionara? ¿Cómo lo haría? ¿Me haría pulpa la muñeca, o se quedaría «parpadeando», incapaz de dar una respuesta a una situación que no había sido incluida en su programación?

Sólo había una forma de averiguarlo. Así que apreté con fuerza la barra, tensé todos los músculos —excepto los del brazo izquierdo — y le golpeé con furia asesina.

El primer golpe apenas abolló su coraza pectoral, pero hizo que perdiera el equilibrio y cayese hacia atrás, ya que no tenía respaldo en el que apoyarse.

En el mismo instante en que empezaba a caer hacia atrás, la esposa se cerró brutalmente en mi muñeca, enviando oleadas de dolor por mi brazo. Ni siquiera me di cuenta que había caído sobre los estabilizadores y giroscopios de la cápsula hasta varios minutos después, cuando comprobé por tercera vez que no me había arrancado el brazo.

Aquello tenía mal aspecto.

Los chispazos se sucedían ininterrumpidamente y un espeso humo empezaba a llenar la cápsula. Afortunadamente, los filtros y el sistema antiincendios del vehículo resolvieron el problema antes de que alcanzase proporciones alarmantes.

Al menos, eso creía yo.

PP-247 había vuelto a su posición anterior, sentado en el suelo junto a mí e intentó conectar una de sus extensiones en el sistema de lectura de la cápsula. Falló dos veces antes de lograrlo. Quizá no lo había puesto fuera de control, pero mi golpe, o el que se había dado contra los controles, había dejado sus huellas.

Tras unos segundos de expectación, giró su cabeza hacia mí, con sus luces oculares parpadeando como enloquecidas.

—M… mal funcion… namiento… In… ncorrecto… ¡Incorrecto!

Si no hubiera sido un robot primitivo, hubiera jurado que noté leves indicios de histeria de su tono.

—¡Vaya! Lo reconoces, ¿eh? —contesté, sarcástico—. Pues eso es sólo el principio. Si no me sueltas inmediatamente, acabarás este viaje convertido en un montón de chatarra.

Pero el robot no me hizo el menor caso. Empezó a vibrar incontroladamente, repitiendo:

—Sistem… ma de con… ntrol averiado. No llegarem… mos a Galador… ¡N… no llegarem… mos a Galador!

—Bueno, chico, no hace falta que te pongas así. Yo soy el que tendría que estar nervioso…

—Mi misión es llevar al humano Scott Summers, sano y salvo hasta…

Parecía un niño pequeño en plena pataleta. Sabía, perfectamente, que si no llegábamos a Galador, no podría cumplir su misión y aquello parecía volverle loco. No dejaba de vibrar, cada vez con mayor intensidad. No quería ni imaginarme lo que estaría pasando por sus circuitos.

—Escucha, si no podemos llegar a Galador, quizá podamos volver a Nevermore. Allí nos darán una nueva cápsula y podrás cumplir con tu misión…

—Impulso in… suficiente para el viaje de vuelta… ¡N… no llegarem… mos a Galador! ¡N… no llegarem… mos a n… neverm… more!

—Quizás a alguna de las lunas… —insistí.

Cesó la vibración, mientras volvía a conectar la extensión con el sistema de la cápsula y tuve tiempo de pensar en lo imbécil que había sido. Si hubiera atacado un poco antes, aún podríamos tener una esperanza. Ahora…

—Nivea se en… ncuentra al alcan… nce de n… nuestras reservas… —exclamó casi alegre.

—¿Lo ves? Ya te dije que no había que desesperar…

¿Por qué demonios tenía que consolar a un robot que me estaba conduciendo tozudamente a la muerte? ¡Debía de estar tan loco como él!

—El im… mpacto quizá sea un… n… poco superior al n… normal.

Aquello me sonó bastante deprimente.

—¿Qué… qué quiere decir un poco superior al normal?

—N… no es seguro que un… n… hum… ano pueda soportarlo.

Me debí quedar lívido, porque PP-247 empezó a soltar su estribillo, vibrando como un poseso.

—Mi m… misión es llevar al hum… mano Scott Summers…

—¿Existe alguna otra posibilidad de supervivencia, que no sea aterrizar en Nivea?

—N… no… Y m… mi m… misión es…

—Entonces, estás haciendo lo posible por cumplirla. Cálmate o no hará falta estrellarnos contra la luna para quedar hechos pedacitos…

No sé si logré llegar hasta el fondo de sus circuitos, pero el caso es que calló.

Callamos los dos.

No había nada que decir, sólo hacer. Y el único capaz de manipular las pequeñas toberas de la cápsula era él. Yo, ni siquiera sabía dónde se encontraba Nivea. Tanto podía estar arriba, como abajo, a la derecha, o a la izquierda.

Durante varias horas, no sucedió nada. O eso me pareció. Si estábamos cambiando de ruta, no podía notarlo. Sólo sentía la tensión que se iba apoderando de mí, como muy bien se encargaba de recordarme la esposa que se cerraba suavemente en torno a mi muñeca. Hacía todos los esfuerzos posibles por relajarme, pero no transcurrían varios minutos sin que sintiera nuevamente como se clavaba en mi piel.

Primero, sentí la gravedad. Poco a poco, paulatinamente, se hizo más y más fuerte hasta alcanzar varios *g*, mientras el aullido del aire se filtraba a través de las paredes de la cápsula. La velocidad debía de ser enorme. No teníamos esperanza de salvación, a menos

que
PP
hubiera reservado suficiente energía para el sistema de frenado, pero aquellas pequeñas toberas no ayudarían mucho.

La esposa mordió nuevamente mi carne. Intenté relajarme, pero no lo conseguí. La esposa se cerraba más, y más y más.

Mis huesos estaban a punto de romperse, cuando todo el mundo explotó a mi alrededor.

6

Soñé que estaba volando.

Veía deslizarse la tierra por debajo de mí a una velocidad increíble. Las selvas se sucedían a los océanos, y éstos a los desiertos en un horizonte que parecía no tener fin. Yo no hacía ningún esfuerzo por volar. Simplemente volaba y disfrutaba de la sensación del viento contra mi rostro, surcando el aire como una centella. El primer aire no reciclado que respiraba en bastantes años.

De repente, sin saber cómo, ni por qué, algo falló y empecé a perder altitud rápidamente. La infinita pradera que estaba sobrevolando se acercó hacia mí amenazante.

Lo intenté todo: moví espasmódicamente los brazos como un pájaro, me concentré hasta la extenuación mental, intenté abrir mis piernas, como un ave lo haría con las colas de su pluma… ¡seguía descendiendo!

Nada daba resultado y mi angustia aumentaba.

Cuando me encontraba a pocos metros de la superficie, abrí la boca y lancé un alarido de terror. En ese momento, choqué con el suelo, pero mi velocidad era tal, que no podía detenerme. La fricción me quemaba la cara, el pecho, los muslos. La boca se me llenaba de hierba y tierra…

Y desperté.

O, al menos, eso creí. Porque estaba deslizándome por una pradera, llenándome la boca de hierba y tierra, y sintiendo un ardiente dolor en la parte delantera de mi cuerpo. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Habría volado de verdad?

Me bastó levantar la cabeza —y no crean que no me costó un buen esfuerzo— para darme cuenta de que no era mi impulso de vuelo el que me había llevado hasta allí. Era

, naturalmente.

Caminaba tercamente, arrastrándome como un pelele por mi muñeca, mientras recitaba su letanía.

—Mi misión… rrrr… es llevar sano y salvo… rrrr… al humano Scott Summers… Mi misión es… rrrr… llevar sano y salvo al humano…

No parecía en muy buenas condiciones. Aquí y allá se advertían algunas abolladuras en su pulida superficie. ¡Me dio terror pensar en el aspecto que yo podía presentar!

¿Qué había ocurrido con la cápsula? No tenía ni la menor idea, pero podía imaginar sus restos desparramados por la pradera, en medio de un rastro de tierra.

El impacto debía haber sido importante, pero no tan espectacular como el mismo

PP

había previsto en un principio, o no estaría con él. Lancé la vista atrás para mirar mi cuerpo. Sí, allí estaba. Completo. Torso, brazos y piernas. El mono se había desgarrado por varios puntos, dejando al descubierto mi piel, y empapado de sangre. Mi sangre, por supuesto. La pierna derecha tenía una fea herida rodeada de sangre coagulada y mi pecho estaba sembrado de arañazos, de mayor o menor longitud.

¡Pero seguía entero!

—Oye, muchacho —balbucí, elevando la mirada hacia el robot que no parecía tener intención de detenerse—, ¿qué tal si descansas un poco y das tiempo a que yo también coja un poco de aire?

—No… puedo… rrrr… Mi misión es… rrrr…

—¡Sé cuál es tu misión y estoy hasta el gorro de ella! ¿Entiendes?

No, no entendía. Seguía andando, arrastrándome tras él.

Intenté incorporarme, aprovechando una pequeña loma en la que ralentizó su marcha y lo conseguí a duras penas. Pero no pude mantener el paso. En cuanto apoyé la pierna derecha, me falló y volví a besar el suelo.

Boqueé espasmódicamente, intentando combatir el dolor, pero, al mirar hacia el frente, se me cortó el aliento.

En contra de la visión de mis sueños, la pradera no era infinita. Al menos, por este lado. Ante nosotros, a menos de cincuenta

metros, se extendía un enorme lago de plácidas aguas… ¡hacia el que se dirigía el robot! ¡O se detenía, o yo moriría ahogado!

—¡Alto, detente! —grité, aterrorizado—. ¡Si no te paras me ahogaré! Y tú no quieres que me ahogue, ¿verdad…?

—Mi misión… rrrr… es…

—¡Al diablo con tu misión!

PP-247 empezó a chapotear pesadamente en el agua, avanzando inexorable.

—¡Detente, maldito montón de chatarra! —aullé, desesperado.

Un paso.

—¿Es que quieres matarme?

Otro paso.

—Tu misión… ¡piensa en tu misión! —exclamé a duras penas, entre trago y trago de agua—. ¡Si continúas caminando, fallarás en tu misión!

Por fin, se detuvo.

Lamentablemente, el nivel del agua ya le llegaba por la cintura, lo que quiere decir que yo estaba bajo la superficie.

A pesar del lacerante dolor que taladraba mi pierna derecha, luché como un poseso para levantarme. Me apoyé en el pie izquierdo y me incorporé penosamente, hasta que mi cabeza emergió de las aguas.

—¡Levanta el brazo, estúpido! ¡Sácame de aquí!

PP-247 empezó a vibrar suavemente. No sabía qué hacer. No estaba programado para recibir mis órdenes. En cambio, segundos antes, había logrado salvar su misión gracias a mí.

—¡Levanta el brazo o me ahogaré!

Aquello acabó de decidirle. Levantó el brazo, tirando de mí y cesando de temblar.

Bueno, el peligro inmediato había pasado. Ahora, tenía que pensar en el futuro y en mis próximas órdenes a

PP-247

. Si tenía la suficiente habilidad, podría manejarle. Su mecanismo había resultado dañado —¿por mi golpe? ¿por el choque contra el panel de la cápsula? ¿por la caída de nuestra nave? No lo sabía y tampoco era el momento de averiguarlo— y su programación había sido alterada. Su letanía incansable se había acortado a la mitad: «Tenía que llevarme sano y salvo», era lo único que repetía. Por

primera vez, estábamos completamente de acuerdo. Yo también quería seguir sano y salvo.

Para conseguirlo, tenía que encontrar ayuda. Y no era nada fácil encontrarla en Nivea.

Como ya he dicho antes, Nivea es una luna de Galador… pero una luna muy especial, muy exclusiva. Nivea es el refugio de todo millonario galadoriano que se precie. Un santuario para el dinero. Una residencia para la élite que no quiera verse mezclada con la contaminación y la suciedad de nuestro planeta madre. Un refugio para los ociosos. Un lugar de lujo para quien pueda pagárselo.

Habíamos aterrizado en las propiedades de uno de sus habitantes, propiedades que eran proporcionalmente grandes al dinero que su amo y señor tuviera. ¿A cuánta distancia se encontraría la mansión más cercana? No tenía ni la menor idea y no creía que
PP
pudiera resolver el problema. Sería fácil que me desangrase antes de ver un solo ser humano.

Ahí estábamos mi robot y yo.

Solos y desesperados, en medio de la opulencia de los príncipes de Galador.

—Creo que tiene algún problema —dijo una voz a mis espaldas.

Giré la cabeza asustado. En medio del lago se encontraba una pequeña lancha antigrav y su ocupante, un hombre pequeñito, desnudo, —o así lo parecía. No obstante, su oronda panza cayendo hacia abajo, ponía cierta nota de duda— con un enorme mostacho y una incipiente calva.

Estaba tranquilamente recostado sobre la borda de su embarcación, tomando el sol y mirándonos a nosotros, mientras la línea de su caña-láser desaparecía en las profundidades del lago.

Inmediatamente, me invadió una sensación de ridículo. Debíamos resultar un espectáculo bastante insólito: un robot hundido en el lago hasta la cintura, con un brazo alzado, del que colgaba un pingajo empapado y lleno de heridas, sangrante e indefenso.

—Pues sí —respondí, sin saber qué decir—. Creo que tengo algún problema.

—Estaba seguro. No parece encontrarse en muy buenas

condiciones. Ha tenido suerte de que su robot le salvase…

¡Me salvase! Pero… ¡si un poco más y me ahoga!

—En fin, ¿por qué no sube a bordo? —continuó el sorprendente personaje.

—¿No sería mejor que fuera usted el que se acercase? —pregunté a mi vez. Sin saber la profundidad del lago, era más que probable que, cuando llegara a su altura, haría varios minutos que me habría ahogado.

—¡Oh, sí! ¡Naturalmente! —admitió mi interlocutor—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

«¡Porque eres imbécil!», pensé, con tanta intensidad que, por un momento, temí que pudiera haberme oído.

La lancha empezó a avanzar suavemente hacia nosotros.

—Oiga, ¿no será usted un loco peligroso o algo así? —dijo aquel hombre, pensativo—. ¿Por qué va atado a ese viejo robot?

Por fin había salido *la* pregunta. Precavido que es uno, había estado pensando frenéticamente para buscar una respuesta adecuada. Me había estado preparando… inútilmente.

No se me había ocurrido absolutamente nada.

—Euh… Claro que no lo soy. ¿Acaso tengo aspecto de loco peligroso?

La mirada de aquel hombre fue suficientemente explícita.

—¡Pues no lo soy! —grité, anticipándome.

—Está bien, está bien… Suba a bordo. Ya me lo contará después.

Subimos. A duras penas. PP-247 estuvo a punto de hacer naufragar el bote al apoyarse en su borde, pero éste resistió. El hombrecillo manipuló los controles antigrav para darles más potencia. Aun así, la borda apenas asomaba un par de centímetros por encima de la superficie, mientras el sistema antigravedad rugía penosamente, protestando por la sobrecarga.

—¿Dónde estamos? —me aventuré a preguntar.

—En mi propiedad, por supuesto —exclamó el hombrecillo, como si le hubiera insultado—. Soy Timothy P. Dobbs.

Si no hubiera pasado los últimos años en Nevermore, es posible que me hubiera arrodillado reverencialmente a sus pies. El tono con que había dicho su nombre, sugería que cualquier explicación era superflua.

—¡Señor Dobbs! —repetí, abriendo mucho los ojos, henchidos

de admiración. Ya me enteraría después del motivo de mi fingida admiración—. Es un honor para mí…

—Estaba seguro —admitió modestamente.

—Yo soy Scott Summers y éste —añadí, señalando a mi compañero de viaje— es

PP-247

, mi… mi robot…

Dobbs parpadeó ligeramente desconcertado. Podía ver claramente que tenía mil preguntas pendientes en la punta de la lengua, pero su discreción se impuso.

—Ya me lo explicará todo después… —aseguró—. Ya me gustaría, ya. ¿Quiere beber algo?

Y, entonces, se hizo la luz. En mi cabeza, quiero decir.

—No, lo siento. No puedo —respondí fingiendo un gran pesar.

—¿Que no puede?

—Precisamente, ésa es la razón de que me encuentre encadenado a mi robot…

—¿Ah, sí? —inquirió Timothy, estupefacto, sin comprender.

Respiré profundamente. Todo mi futuro descansaba en los próximos minutos, así que… ¡me lancé a fondo!

—Verá, señor Dobbs… No es algo de lo que me sienta orgulloso. Tuve… euh, ciertos problemas con la bebida…

—Sé lo que es eso —me interrumpió pesaroso—. A mí me ha pasado varias veces, pero existen centros especializados en ese problema…

—Por supuesto, por supuesto… —admití rápidamente—. Pero no dieron resultado conmigo. En cuanto volvía a la vida normal, volvía a recaer.

—No me extraña —corroboró Timothy—. A mí, me ocurría lo mismo. Al final, llegué a la conclusión de que era más barato beber. Ahora sólo tengo que mantener a mi proveedor. Antes, le mantenía a él y a un par de clínicas al mismo tiempo…

—Exacto, exacto… —volví a repetir como un loro—. Pero mi salud estaba en peligro, mi cordura… ¡quizá mis negocios y mi fortuna! —agregué, con un leve matiz reverencial.

Surtió su efecto. Timothy abrió desmesuradamente los ojos, horrorizado al pensaren tal blasfemia.

—Así que decidí «encadenarme» a PP-247. Tiene órdenes muy

estrictas: «No dejarme probar una gota de alcohol, cueste lo que cueste y pase lo que pase». Verá… —y me volví hacia mi compañero—. ¿Cuál es tu misión,
PP
?

—Mi misión es… rrrr… llevar al humano… rrrr… Scott Summers, sano y salvo… rrrr…

Crucé los dedos a mi espalda. Si se había recuperado…

—Mi misión es… rrrr… llevar al humano… —repitió como lo había venido haciendo últimamente.

Volví a creer en la Providencia.

—Muy bien, muy bien,
PP
… —corté, antes de que las cosas se estropeasen—. ¿Ha visto?… ¡Sano y salvo! Eso quiere decir, nada de bebidas.

Y miré a Timothy, triunfante.

El millonario estaba literalmente alucinado. Con un gesto rápido vació la copa en su garganta, mientras yo me retorcía de envidia. ¡Con lo bien que me hubiera sentado un buen trago en aquellos momentos!

—Y, ¿por qué un robot tan primitivo? —insistió—. Existen modelos mucho más elegantes y sofisticados…

Las ruedecitas de mi cerebro aceleraron fulgurantes. No había caído en ese pequeño detalle.

—Sí, bueno… Pero… pero… son tan… tan…

—¿Caros? —me ayudó Timothy—. Son un poco caros, sí, pero no demasiado para gente como nosotros, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —admití con un deje de desprecio, típico del que no se rebaja a discutir por unos cuantos millones de créditos, más o menos—. No me refería a eso. Estaba hablando de… ¿cómo dijo antes?… ¡sofisticados, eso es!

—¿Acaso eso es malo? —preguntó, desconcertado.

—No, claro que no… dependiendo, por supuesto, de para qué lo quieras utilizar. Como sus circuitos lógicos son mucho más desarrollados, siempre podía engañarles utilizando trucos y sofismas. Eran lo suficientemente «comprensivos» como para poder engañarles con cierta facilidad. En cambio,
PP
es como una roca, ¿verdad, muchacho? —y le di a mi guardián un

par de palmaditas amistosas.

—Mi misión es… rrrr… llevar al humano Scott Summers… rrrr… sano y salvo… rrrr… Mi misión es…

—¿Lo ve? —exclamé sonriente—. Nada ni nadie es capaz de apartarle un milímetro del sendero programado…

Timothy P. Dobbs me miró fijamente unos segundos, calibrando mi montón de mentiras. Poco a poco, su rostro empezó a iluminarse con una sonrisa.

—¡Muy original! —concluyó—. ¡Muy original y divertido!

—Estaba seguro que lo vería así —corroboré con alivio, con mucho más alivio del que Timothy podía suponer.

—De todas formas —prosiguió el millonario—, considero excesivo el vagabundear por Nivea. En el campo, hay menos oportunidades de ceder a la tentación, es cierto, pero teniendo su robot, no hace falta eludir la compañía humana…

Respondió enseguida:

—¡Oh, comprendo! La verdad es que me encuentro aquí por casualidad. Ni yo, ni mi robot lo habíamos planeado así —contesté. ¡Y sabe Dios que eso era religiosamente cierto! A partir de ahí, improvisé—. Mi yate sufrió un accidente y tuvimos que lanzarnos en una cápsula…

—¿Una cápsula? —repitió Timothy, asombrado—. No creí que los yates de recreo estuvieran equipados con cápsulas…

Volví a inventar:

—Es que… euh, me la vendieron conjuntamente con

PP

. Ya sabe, un lote de antigüedades… —improvisé como pude.

Dobbs asintió:

—¡Ah, claro!

Continué explicando:

—No sé dónde se encontrará exactamente. Cuando me desperté, tras el aterrizaje forzoso,

PP

me había sacado de entre los restos y estaba caminando, arrastrándome, en busca de ayuda…

—¡Oh! ¡Admirable devoción! —comentó el millonario, impresionado.

Asentí:

—Sí. PP-247 es capaz de todos los sacrificios por cumplir con su

misión.

—No se preocupe, amigo Summers. Iremos a mi casa e intentaré ayudarle en todo lo que pueda. Nosotros, los de nuestra casta, tenemos que ayudarnos los unos a los otros, ¿no?…

¿Qué hubiera dicho si supiera que estaba ayudando a un prófugo de Nevermore?

Se colocó ante los mandos de su lancha y, renqueando debido al peso de
PP
, nos elevamos unos metros de la superficie del lago, antes de lanzarnos a campo abierto. ¿Hacia dónde? Hacia la mansión de Timothy P. Dobbs y eso podía significar dos cosas: todo iba a ir mucho mejor, o, si se descubrían algunos de los agujeros como montañas que tenía mi historia, mucho peor. El tiempo lo diría.

7

La mansión del millonario era increíble.

En realidad, era un conjunto de edificios, unidos unos a otros, específicamente diseñados para usos particulares. Podían verse entremezclados: una capilla del siglo XII terrestre, con una cocina ultramoderna del s. XLII. Y una biblioteca del XVII, con un salón antigrav ultramoderno. Podía permitírselo todo. Hasta el mal gusto.

Aterrizamos en un impecable césped, junto a un macizo de flores antarianas, a las que una mujer huesuda, alta y recargadamente maquillada, les estaba dando de comer. No nos oyó llegar. Seguramente, los maullidos de los gatos que las flores estaban engullendo, ahogó el sofocado traqueteo de la lancha de Timothy.

El millonario saltó a tierra ágilmente y trotó en dirección a su esqueleto. Quiero decir, a su esposa.

—¡Querida! ¡Querida! Mira lo que he traído…

La mujer se volvió hacia Timothy y enarboló una mueca de desagrado al ver sus desnudeces traqueteando por el jardín.

—¿Hace falta que vayas enseñando tus miserias? —graznó con una voz chirriante.

Timothy se detuvo en seco, se miró el bajo vientre —suponiendo que pudiera verlo bajo las capas de grasa de su cintura—, enrojeció y dio media vuelta, volviendo a la lancha.

Cogió un calzón, dirigiéndome una azorada sonrisa.

—¡Podía habérmelo dicho!

No me dio tiempo a contestar. Úrsula P. Dobbs había llegado junto a nosotros.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no me gustan tus vagabundos? ¡Santo Dios! Creí que en Nivea nos libraríamos de esa plaga. Las autoridades de inmigración deberían ser un poco más selectivas…

En lugar de tomarse un zumo de naranja, aquella mujer debía

beber un vaso de hiel para desayunar.

—No es vagabundo, querida…

—¿Ah, no? —dijo ella, con un rictus despectivo en su boca, mientras me miraba de arriba abajo—. Pues lo disimula muy bien…

—Es un amigo. Se llama Scott Summers y su yate de recreo ha sufrido un accidente. Ha tenido suerte de salir con vida…

—¿Suerte? Depende de cómo lo mires. Si tienes que acabar así, después de un accidente, yo preferiría morir en él… —añadió el saco de huesos. ¡Todo un encanto!

Timothy decidió actuar como si no hubiera oído nada.

—Pero eso no es lo más sorprendente. Espera y verás…

Y le contó toda mi historia. Mi falsa historia.

Por su expresión, pude deducir que no creía ni una sola palabra. Empezaban los problemas. Se volvió hacia mí con una sonrisa burlona.

—¿A qué se dedica? ¿No será escritor, por casualidad? Los escritores tienen mucha imaginación…

No sé cómo hubiera acabado la cosa, si mis heridas no me hubieran echado una mano. Abrí la boca para responder, pero, de repente, empecé a sentirme mareado y me desplomé a los pies de la dama en cuestión. Ya lo saben, si alguna vez no tienen una respuesta satisfactoria a mano, para preguntas embarazosas, sólo tienen que darse un tajo en una pierna y lacerarse el pecho a conciencia. Da resultado, lo garantizo.

Antes de desmayarme, pude oír como Timothy decía:

—Prepara una habitación. Ya podrás despellejarle después…

—Pero, querido… —protestó el cuervo—. Yo sólo quería…

—Fastidiarle, como haces siempre con mis amigos. ¡Vamos, prepara la habitación de una vez!

8

Cuando desperté, alguien me hacía cosquillas en el pecho.

Los tentáculos y brazos articulados de un robot-médico, estaban terminando de curar mis magulladuras, bajo la atenta —¿y un poco celosa?— mirada de
PP-247
.

Aún no me había colocado los últimos parches, cuando la puerta de mi cuarto se abrió. Entraron Timothy y su esposa, cogidos de la mano. Si en lugar de ser él quien llevase de la mano a su esposa, mera al revés, no me habría sentido más hermanado al millonario. Tenían un sorprendente parecido con
PP
y conmigo.

—¿Cómo se encuentra nuestro invitado? —saludó Timothy alegremente.

—Vivo —respondí, medio adormilado.

—¡Ja, ja, ja! ¿No es encantador? —preguntó el millonario a su esposa.

—De momento —respondió el vaso de vinagre.

—No eran más que heridas sin importancia —me informó Timothy—. Procure descansar, porque la noche será agitada. He hablado con algunos de mis amigos y están deseosos de conocerle. A usted y a su robot, naturalmente. ¡Su idea les ha parecido fascinante!

Ya era bastante malo enfrentarse con una esposa vitriólica. Meterse en las garras de una pandilla de curiosos, no me seducía lo más mínimo.

—Se lo agradezco, Timothy —dije—, pero no sé si me encuentro en condiciones de…

—¡Bah, tonterías! —cortó el millonario—. Unas horas de sueño

y estará como nuevo.

—Pero… esto, lo perdí todo en el accidente. No tengo ropa, ni…

—Le prestaré alguno de mis trajes. Unos pocos retoques aquí y allá, y…

—¿Unos pocos? —escupió Úrsula, lanzando una ostensible mirada al estómago de su marido—. Siempre de broma, querido…

—¡Ya lo arreglaremos! —explotó Timothy—. Siempre será mejor uno de mis trajes, que uno de los tuyos. A pesar de ser mujer, le quedaría un poco estrecho… de pecho.

La cara de Úrsula se contrajo durante un segundo. El viejo Timothy también las sabía devolver. Debía tener una práctica de años.

—Está bien —admitió ella finalmente, recuperando la compostura y dirigiéndose a mí—. Estoy segura de que el señor Summers estará deseando comunicarse con su familia y tranquilizarla con respecto a su… «accidente». Si quiere, yo misma puedo hacer la llamada a Galador…

Sí, seguro que le gustaría. Le encantaría poder demostrar que yo mentía.

—No se preocupe, señora Dobbs, no quiero causar más molestias. Yo mismo lo haré… después.

—Pero, estarán preocupados… —insistió doña Veneno.

—No, no, ni mucho menos —me apresuré a decir—. No teníamos previsto tomar tierra hasta dentro de varias semanas. —Y agregué, dirigiéndome a Timothy—. Mi cura de desintoxicación, ya sabe…

—Por supuesto —admitió Timothy, complacido—. Descanse, entonces. Va a ser la sensación del casino…

Y lo fuimos.

Aquella pandilla de millonarios estaban dispuestos a dar la bienvenida a cualquiera que les sacase de su rutina de ocio y aburrimiento. Hasta la Dama de Hierro pareció suavizarse un poco conmigo, gracias al prestigio social que le dio mi entrada en sociedad.

El asunto del vestuario demostró ser un poco más problemático de lo que había pensado. Y no por culpa del traje de Timothy, ni mucho menos. ¿Han probado alguna vez a vestirse teniendo una muñeca aprisionada por un robot? Aunque con ciertas variantes,

muy afortunadas para mí, su misión seguía siendo lo principal para mi
PP
y se negó en redondo a soltarme, para que pudiera meter mi brazo por la manga del traje.

Tuve que dar un repaso a mi curso de lógica robótica, antes de llegar a un trabajoso acuerdo. Sólo soltó su esposa, cuando mi otra muñeca estaba firmemente apresada en su otra mano. No tardó ni un segundo en volverme a esposar.

Y aquí estábamos. En el Casino Multi-Juegos de Nivea, convertidos en la atracción de la noche. Muy por encima de las máquinas tridimensionales o la ruleta.

En uno de los pocos momentos en que pudimos escaparnos de los curiosos, que no hacían más que preguntas embarazosas, comenté en voz alta, más para mí mismo, que para
PP-247
.

—Es una lástima que tu Joe sólo te enseñase a hacer trampas al póquer. Con el dinero que se mueve aquí, podríamos hacernos ricos. Pero no creo que dejen jugar a un robot…

—Existen muchos juegos… rrrr… susceptibles de ser manipulados… rrrr… La ruleta, por ejemplo, está controlada por magnetos… rrrr… que vehiculan los premios hacia los acertantes… rrrr… con apuestas más modestas… rrrr…

—¿Puedes neutralizar los magnetos y hacer que trabajen para nosotros? —pregunté, expectante.

—Sí… rrrr… podría…

—Entonces, sólo necesitamos un poco de pasta para empezar y andando.

Henchido de alegría, empecé a caminar hacia Timothy —seguro que él me haría un pequeño préstamo, siempre y cuando su esposa no anduviera por allí—, pero tuve que dar media vuelta como un equilibrista circense. Había olvidado que mi muñeca estaba esposada a
PP
. Y él, no había dado un solo paso.

—¿A qué estás esperando? ¿Por qué no te mueves?… ¡Vamos a hacernos ricos!

—Mi misión es llevar al humano… rrrr… Scott Summers, sano y

salvo… rrrr… Mi misión…

Me mesé los cabellos para tranquilizarme. Su misión, ¡su maldita, estúpida y asquerosa misión! Era lo único que le preocupaba —si es que se puede emplear esa palabra— y no movería un dedo para dejarme coger los millones que ya veía preparados encima de la mesa de la ruleta para mí.

—¿No puedes olvidar tu sonsonete? —le espeté, vehemente—. Al fin y al cabo, ni siquiera sabes dónde tienes que llevarme. Sólo recuerdas que tienes que llevarme sano y salvo a un lugar, pero no sabes dónde. ¿Y si fuera la mesa de ruleta, eh?

Sus ojos se encendieron y apagaron nuevamente, como si sopesase mis palabras. Intenté empujar un poco más.

—¿Lo ves? Estás recordando, ¿no?… Repite conmigo: tienes que llevarme sano y salvo a la mesa de la ruleta…

Pero no se movió.

Mientras no se auto-reparase, o se introdujese una nueva programación —¡y ojalá no ocurriera lo primero!— sólo se preocuparía de mantenerme sano y salvo. Y yo no podía cortarme las venas, argumentando que era la única forma de conseguir acercarme a la ruleta. No quedaría muy elegante un jugador en una camilla, con varios litros de plasma colgados a su lado. Supongo que el director del Casino pondría algún reparo a semejante espectáculo.

Claro que… bien mirado, no hacía falta algo tan espectacular. Bastaría con hacer creer a
PP
que mi vida dependía de que hiciera trampas en el juego. No necesitaba arriesgarla de verdad.

Cuando estaba estudiando, tuve verdaderos problemas de cansancio y concentración. Tenía que presentarme a los exámenes y no podía concentrarme en los vídeos a causa del cansancio y, en cuanto descansaba pensando en las enormes tetas de Vanessa, era comprensible que tuviese verdaderos problemas de concentración. ¡Dios, qué pechos! Cuando intentabas cerrar tu mano sobre ellos, podías sentir la dureza de…

Bueno, era mejor que no pensase en eso ahora, o nunca conseguiría arreglar el asunto.

Lo solucioné siguiendo un cursillo de yoga y relajación. Estuve a

punto de fracasar, porque Vanessa insistió en apuntarse conmigo, pero conseguí disuadirla. Creyó que me movía algún interés por la profesora, hasta que se la presenté. Era una de ésas que se alimentan de semillas de gorgojo, o algo así y cuya única meta en la vida era llevar una Vida cuanto más sana y pura, mejor. Y en ese tema de la pureza, entraba la prohibición de cualquier relación sexual. La verdad es que era más fea que *un* escupitajo.

El cursillo fue estupendo y conseguí resultados excelentes. Podía alterar mis funciones vitales de una forma sorprendente: disminuir el pulso y los latidos de corazón, rebajar un par de grados mi temperatura corporal y poner la mente en blanco. La profesora valoró, muy entusiasmada, mis sorprendentes resultados con el tabaco. Por más que insistí en que jamás había fumado, no logré convencerla de que era verdad.

Armado de valor, me puse de puntillas para intentar mirar directamente a los ojos a mi robot.

—Escúchame bien, sesos de alambre. Tu misión es llevarme sano y salvo a algún sitio, ¿de acuerdo?

—Sano y salvo… rrrr… sano y salvo… rrrr… —repitió como era su deber.

—Pues bien, entérate de una vez. Si no me llevas hasta la mesa de la ruleta y me haces ganar un buen montón de pasta, me moriré. Me moriré y fallarás en tu misión. Si te fijas bien, ya podrás notar los primeros síntomas. Me estoy muriendo, de veras…

Empecé a respirar profundamente para tranquilizarme y empezar a relajarme.

PP-247 movió su cabeza para poder enfocarme con sus ojos y empezó a clicketear nerviosamente. Movió una de sus extensiones y la colocó sobre mi corazón, abriéndose paso por la camisa. Cualquiera que nos hubiera visto en aquel momento, mientras aquel tentáculo intentaba llegar a mi carne, hubiera tenido un buen susto y pensado lo degenerados que pueden ser algunos humanos. La extensión se parecía sorprendentemente a un… Bueno, ya saben a lo que me refiero.

Yo debía estar consiguiendo buenos resultados, porque las lucecitas de los ojos de
PP
, parecían las de una feria en su máximo apogeo. Antes de que

pudiera reaccionar, retiró su extensión y empezó a caminar hacia la mesa de la ruleta, arrastrándome con él, como si fuese un carrito antigrav de la compra.

Atravesamos el local en menos de dos segundos atropellando dos camareros, arrollando varios grupos de invitados y expulsando de la mesa a dos vejetes indignados por el pequeño empujón de mi robot. No creo que salir disparados por los aires a través de tres o cuatro metros, mereciese los insultos que nos dedicaron.

El local me concedió crédito —«Cualquier amigo del señor Dobbs tiene cuenta ilimitada en este local», dijeron deshaciéndose en sonrisas— y empegamos a jugar.

Al cabo de varias horas, ya no sonreían lo más mínimo. Tenía ante mí varios millones de créditos en fichas y la práctica totalidad de los asistentes aquella noche al Casino, se habían reunido en torno a la mesa, para ver a aquel recién llegado de suerte insultante.

Por supuesto, apostaba prudencialmente. Incluso, de vez en cuando, perdía fuertes cantidades para no atraer demasiado la atención. Perdía el tiempo. Sobre todo, con un casino al borde de la histeria, al ver que ninguna de sus múltiples manipulaciones parecía dar resultado.

Decidí mostrarme generoso y no saltar la banca, pero había subestimado a los propietarios del local. Cuando pedí que me cambiasen las fichas, me alargaron una preciosa tarjeta metalizada con la sonrisa más hipócrita que jamás haya visto.

Y me dijeron:

—Le felicitamos por su suerte, señor Summers. Cuando quiera volver por aquí, ya sabe que puede disponer de 4 000 000 de créditos para empezar sus apuestas. Está escrupulosamente registrado en su cuenta personal. Esta tarjeta le servirá para certificarlo…

—¿Y no podrían darme algo de efectivo? —pregunté, esperanzado. Había suficiente gente junto a nosotros, como para que no intentasen nada violento.

—¡Oh, estamos seguros de que alguien tan importante como usted, no necesita llevar créditos en efectivo! —respondieron—. Prácticamente nadie lo hace en Nivea…

Las sonrisas y asentimientos de cabeza de los allí congregados,

me hicieron comprender que no conseguiría nada. Si insistía, sólo quedaría catalogado como un despreciable «nuevo rico» al que le gusta contar el contenido de su calcetín por las noches, en lugar de depositar su confianza en una venerable tarjeta metalizada.

La cogí sonriente, pero procuré que se me vieran bien los dientes apretados.

—Y ya sabe —agregaron—, puede volver cuando quiera…

—Lo haré cuando dejen de hacer trampas con la ruleta —mascullé en voz baja.

Si les hubieran pinchado, no les habrían encontrado una sola gota de sangre.

Cuando nos fuimos, me sentía más contento. No sólo había sido aceptado en aquel reducido círculo social, sino que mi robot había mostrado algunas grietas en su inflexible programa. Bien manipulado, podría serme útil.

La fiesta empezaba.

9

Mejor dicho, la fiesta continuaba.

Nadie de todo aquel rebaño de corderitos bien forrados de pasta, pensaría en una injuria tal, como irse a dormir a las cuatro de la madrugada. La noche apenas había empezado, metafóricamente hablando, claro. La órbita de Nivea en torno a Galador, le aseguraba 24 horas de resplandeciente luz.

Como era la principal atracción, no pude resistirme a asistir a una fiesta en mi honor, organizada por no sé qué rey de las hamburguesas de lagarto volador. El lagarto era un bicho infame, que ni siquiera hubieran tragado los más famélicos predadores de Galador, pero gracias a una hábil campaña publicitaria, ese Mac Dugan —o algo así—, conseguía que los galadorianos se zampasen sus infectos bocadillos, mientras reinvertía sus ganancias en un laboratorio productor de pastillas antiúlcera. En la actualidad, no estaba seguro de qué negocio era más rentable, y uno dependía del otro.

Tuve que estrechar más de mil manos, y repetir mi historia más de doscientas veces. Al final, no sabía dónde tenía más callos: si en la mano, o en la lengua. Lo que sí conseguí, fue un panorama más o menos general de todos los invitados.

Allí se encontraban, desde *Rabs* hasta babosas de Capricornio, con su cohorte de servidores, limpiando el suelo allí por donde pasaban. Si no lo hubieran hecho así, pronto hubiésemos nadado en baba. Fue toda una sorpresa encontrarme con *rabs*. Mucho debían haber cambiado las cosas desde mi confinamiento en Nevermore, para que fuesen admitidos en fiestas de alta sociedad. Ceñudos, con su piel oscura característica y envueltos en aquellos mantos negros, ponían el toque fúnebre al ambiente multicolor de la fiesta. Después, me contaron que habían accedido a derogar muchos de sus

privilegios habituales. Cada vez que hablabas con ellos, ya no tenías que besarles los pies, entre frase y frase. No hay duda que eso ayudaba a relacionarse con los demás.

Por supuesto, además de millonarios de todo tipo, se encontraban allí toda la cohorte que suelen arrastrar tras de sí: desde cantantes acabados, a antiguos y famosos actores sin trabajo. Entre los primeros, distinguí a Dan Martino. Pensé que se había equivocado de fiesta, pues parecía más preparado para una expedición submarina que para un *party* importante. Me aclararon que, las bombonas que colgaban de su espalda, no estaban rellenas de oxígeno sino de martinis. Así evitaban el desfallecimiento de los camareros. Entre los segundos, pude reconocer a Sean Connors. Estaba más calvo que cuando era mi ídolo, pero seguía luciendo una magnífica sonrisa. Mi decepción fue mayúscula al enterarme que se había hecho una pequeña operación de cirugía. Había estirado las comisuras de su boca y no podía cerrarlas. Era un poco molesto, sobre todo para hablar, pero, a sus años, era la única forma de asegurarse que siempre luciría su imperturbable sonrisa.

No faltaban las habituales chicas para todo, que pululaban de un grupo a otro, ofreciendo cada una, una noche más inolvidable que la anterior. Yo, ni las veía. Toda mi atención estaba centrada en Mónica Hershaw. Desde que me la presentaron, no podía apartar mis ojos de ella.

No podré describirla como me gustaría, porque la moda había sufrido un vuelco desde mis tiempos e iba vestida con una gasa transparente sujeta a la cintura y abierta por los costados. Algo muy conservador, lo sé, pero ¿qué quieren?… No obstante, si seguías atentamente sus movimientos, podías atisbar lo necesario como para saber que no necesitaba prometerte ninguna noche inolvidable. Su cuerpo hablaba por sí solo. Tenía una enorme melena, negra como el vacío espacial, que se agitaba juguetonamente cuando movía la cabeza, cayendo estratégicamente sobre su cuerpo. Sus ojos verdes, inmensos, parecían hipnotizarte sin dificultad y su sonrisa era más resplandeciente que el estallido de una bomba cósmica, de ésas que son capaces de engullirse un sol, como un humano se engulle un analgésico.

Su cuerpo no tenía nada de particular. Es decir, que todo él era una maravilla sobre otra. Unos senos perfectos, una cintura

proporcionada y unas caderas rotundas que se movían al compás de su risa. No me extraña que se pasase la noche oyendo un chiste tras otro. Cualquier imbécil haría todo lo posible por verla reír y bailar, al mismo tiempo, una especie de danza primitiva del vientre.

Eso sí, sus piernas eran una pizca demasiado largas. Ella lo sabía y por eso solía ir descalza. Si se hubiera puesto tacones, la mayoría de los presentes hubiésemos acabado con tortícolis de tanto levantar la cabeza para hablar con ella.

Cada vez que la miraba, sentía como se aceleraba mi corazón y me temblaban las piernas, lo que me reportó alguna que otra desagradable sorpresa.

La primera vez que esto ocurrió, PP-247 desplegó su extensión tentacular hacia mí y empezó a guiñar sus ojos, mientras repetía nerviosamente:

—Sano y salvo… rrrr… sano y salvo… rrrr…

Y empezó a estirar de mí hacia la salida. Quería volver al Casino y plantarme ante la mesa de la ruleta. Había notado que algo iba mal en mi organismo y lo achacaba a un deseo inexpresado de seguir jugando.

—Tranquilo, no pasa nada —me apresuré a decir.

—Sano y salvo… rrrr… —insistía con terquedad de robot.

—No, PP. No tengo ganas de jugar a la ruleta. Sólo se trata de Mónica…

—¿Qué… rrrr… Mónica?

—¿Qué Mónica va a ser? —repetí indignado—. ¡Sólo hay una Mónica en esta fiesta que sea capaz de provocarme tal alteración!

Pero él seguía insistiendo.

—¿Qué Mónica?… rrrr… ¿Qué Mónica?…

—Aquélla del vestido blanco, idiota —contesté, haciendo una leve seña en dirección a ella.

—¿Qué vestido?… rrrr… ¿Qué vestido?

—¡En, no te pases de listo! ¡Aquélla de allí! Tú mira hacia donde veas un corro de hombres con sonrisa estúpida y ella estará en medio…

PP consiguió detectarla y, en aquel momento, se dio la casualidad de que Mónica mirase hacia nosotros. Su mirada curiosa pareció congelarse unos segundos, para verse reemplazada por la sonrisa

más deslumbrante que haya visto en mi vida.

Miré a mi robot y me di cuenta de que estaba encendiendo y apagando sus luces oculares como un poseso.

¡No estaba dispuesto a consentirlo! Mi robot intentando conquistar a mi chica. Y lo que era peor… ¡lográndolo! No le había visto una sonrisa igual en toda la noche.

—Bueno, bueno… Ya la has visto, ¿no? —exclamé, furioso—. ¿Qué quieres? ¿Gastarla con la mirada, o qué?

—Mónica… rrrr… Mónica…

A partir de aquel momento, el interés de la fiesta bajó mucho para mí. Deambulé como un alma en pena por el salón, buscando los rincones más propicios para dirigir tiernas miradas a Mónica, mientras distraía la atención de mi robot hacia cualquier estupidez. ¡La muerte antes que permitir aquel intercambio de miradas apasionadas!

Sólo salí un poco de mi abatimiento cuando PP, detectando uno de mis acaloramientos, puso en marcha su mecanismo magnético, como había hecho en la mesa de la ruleta. Estábamos cerca del distribuidor automático de bebidas, que empezó a disparar cócteles de todo tipo como si fueran lásers. Antes de que pudiera calmar a mi compañero, ya nos habían rodeado varios invitados, entre los que se encontraba Timothy.

Me dio unas palmaditas, muy sonriente, diciendo:

—Querido amigo, el que usted no pueda beber un trago, no es razón para que su robot nos deje a todos secos, ¿no le parece?…

El coro de carcajadas que refrendó la observación de Timothy, alivió un poco la situación. Lo achacaron a una extravagancia más de la programación de PP y continuaron la fiesta.

El ambiente estaba decayendo bastante, cuando, de improviso, PP empezó a tirar de mí, en dirección a las habitaciones de invitados, martirizándome con su eterna canción.

—Mónica… Sano y salvo… rrrr… Mónica…

Eché un rápido vistazo a la sala y no descubrí a Mónica por ningún lado. ¿Se habría marchado de la fiesta, o se habría perdido por aquellas habitaciones, en compañía de alguno de sus

admiradores? No estaba dispuesto a irrumpir de la mano de un robot, como si fuese un niño malcriado y encontrarme a mi Mónica en los brazos de cualquiera.

¿Y si
PP
había enloquecido finalmente y buscaba a su amor como un pretendiente despechado?

No sabía cuál de las dos situaciones resultaría más embarazosa. Pero no se dio ninguna de las dos.

Enfilamos un largo pasillo, lleno de misteriosas puertas y
PP
abrió una de ellas, entrando en el cuarto y arrastrándome a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

Tardé unos segundos en acostumbrarme a la oscuridad, pero cuando lo hice, distinguí una silueta junto a los grandes ventanales que había frente a nosotros. Las cortinas estaban echadas, naturalmente, pero al leve resplandor de la luz del planeta sobre el que nos encontrábamos, reconocí de inmediato a Mónica.

—Eres tú… —susurró ella, suavemente.

—Mónica… rrrr… sano y salvo… rrrr… —apuntó mi robot.

—Ya lo sé, no soy idiota —gruñí, en voz baja.

Precioso. Iba a ser obligado testigo de una misteriosa cita entre mi robot y la chica más bonita que había visto en mi vida.

Sabía que los ricos suelen caer en cierto tipo de perversiones, pero… ¿con un robot? En fin, quizá no hubiera mal que por bien no viniera. No había habido forma de que
PP
me soltase la muñeca. Quizá Mónica lo conseguiría. Lograría mi libertad, a cambio de mi amor.

Mónica empezó a caminar hacia nosotros, con un andar lento, tranquilo y ensoñador. Parecía flotar en una nube.

—Por fin has venido —exclamó dulcemente, con los ojos brillantes.

—Bueno, no quisiera molestar… —dije, carraspeando nervioso.

—Scott… —me contestó, ciñéndose contra mí y buscando ansiosamente mi boca.

Por un momento, me sentí desconcertado, pero no tardé en reaccionar y respondí al beso intentando abrazarla.

¿Han abrazado a una chica, estando esposados a un robot de 2.50 metros? Les aseguro que es de lo más incómodo. Afortunadamente, ella compensaba mi falta de movimientos. Por un momento, creí encontrarme entre los anillos de una serpiente. Sus brazos ciñeron mi cuerpo, apretándome contra ella. Sus piernas se enroscaron en las mías. Sus senos se aplastaron tiernamente contra mi pecho. Nuestras caderas intentaron fundirse espasmódicamente.
PP-247
no cesaba de repetir:

—Mónica… rrrr… sano y salvo…

Y dirán lo que quieran, pero parecía completamente satisfecho.

Cruzó una sombra de duda por mi cabeza y aproveché el momento en que nos separarnos para absorber un poco de aire. La miré directamente a los ojos y los encontré excesivamente abiertos, excesivamente fijos. Me contemplaba fijamente, como a un objeto de adoración y uno, en su modestia, sabe que Mónica debía haber encontrado tipos mucho más aparentes que yo, entre toda la bandada que solía rodearla. ¡
PP
la había hipnotizado!

Todo aquel jueguecito de luces oculares no era una demostración de amor robótico, sino un sistema hipnótico. ¡Aquel Joe había enseñado a mi
PP
una buena colección de trucos sucios!

Mi guardián, una vez enterado de que era la chica la que me producía todas aquellas alteraciones corporales, había actuado como en la mesa de la ruleta. Quería dinero y
PP
me lo había proporcionado. Quería a Mónica… ¡y él me la ofrecía!

¿Sería tan canalla, como para aprovecharme de aquella situación? Lo fui.

Tuve mis momentos de duda, lo reconozco. Pero cuando Mónica pasó los dedos por el cierre de su cinturón y dejó caer su vestido —¿vestido?— resbalando perezosamente por sus hombros, me tragué todos mis escrúpulos.

A su leve insinuación de «Ven…», mientras se dirigía hacia la enorme cama situada junto a los ventanales, obedecí como un perrito faldero, deseoso de complacer hasta el mínimo capricho de

su ama. Incluso juraría que babeaba como tal.
PP
no me soltó. Me acompañó hasta el borde del lecho y se quedó allí de pie, inmóvil, mientras yo me tumbaba de espaldas. No le dije nada, ¿para qué? Seguro que no me hubiera soltado.

Mónica giró sobre sí misma y se colocó encima mío, besándome con fiereza, casi con violencia, mientras exploraba mi cuerpo con sus manos. Había estado varios años en Nevermore sin más contactos con el género femenino que algunos holos pornográficos pasados de contrabando, así que no necesitó demasiada «exploración» para obtener una respuesta positiva.

Entusiásticamente positiva.

Antes de enterrar mi rostro entre los rotundos senos de Mónica, miré a
PP
por encima del hombro de la chica y vi que sus «ojos» estaban apagados.

—Gracias, compañero —murmuré.

No podría asegurarlo —estaba demasiado ocupado, compréndanlo— pero yo diría que iluminó brevemente una de sus células oculares, en un intento de remedar un guiño.

Después… Bueno, después podría haber estado bailando la danza tribal de los goriloides de Sasquatch. Yo, no me hubiera enterado.

10

Varias horas después, cuando me dejé caer en la cama que me habían preparado en la mansión de Timothy, me sentí más tranquilo y relajado de lo que me había sentido en toda mi vida.

Estaba muerto de sueño y, mientras cerraba los ojos, sólo pude decir:

—Esto es vida, ¿eh, amigo?…

—¿Vida?… rrrr… ¿Esto es vida?… rrrr… —preguntó PP, sin comprender.

Le expliqué:

—Sí. Cuando eres pobre, siempre puedes soñar en lograr una mínima parte de lo que cualquiera de estos ricachos tiene. Siempre tienes la esperanza de un golpe de suerte que te permita escalar hasta lo más alto. Pero, una vez has probado este tipo de vida, debe ser horrible volver al arroyo… ¡es preferible estar muerto!

—¿Muerto?… rrrr… No muerto… sano y salvo… rrrr… Mi misión es llevar al humano Scott Summers… rrrr… sano y salvo…

Me dormí.

Si hubiera seguido despierto, habría visto el parpadeo furioso de los ojos de PP-247. Y si además, hubiera podido leer sus circuitos, seguramente hubiera empezado a temblar de terror.

11

Al día siguiente, desperté como nuevo.

Mis heridas estaban prácticamente cicatrizadas y me encontraba henchido de felicidad. Fruncí un poco el ceño al intentar mover mi brazo izquierdo y toparme con la resistencia de

PP-247

, pero enseguida me recuperé. No se había portado tal mal la noche anterior. Me había hecho ganar una fortuna en el Casino y había amañado una cita satisfactoria. Empezaba a comportarse como un amigo, en lugar de un perro guardián. ¡Inocente de mí!

Me reuní con Timothy y su esposa para desayunar.

—¿Durmió bien anoche? —me preguntó la urraca parlanchina.

—Perfectamente. Tienen unas camas comodísimas —respondí, alegremente—. No me refería a *mis* camas —atajó el témpano de hielo—. Hablaba de anoche en la fiesta. Como le vi desaparecer en dirección a los dormitorios, pensé que estaba demasiado cansado y deseaba echar un sueñecito…

El brillo perverso en sus ojos, delataba sus intenciones.

—Bueno, yo… —balbucí—. Todavía no estaba recuperado del accidente y…

Timothy me vio lo suficientemente azorado, como para intervenir a mi favor.

—No se preocupe, Scott. Suele ocurrir bastante a menudo. A veces, las fiestas son tan largas, que siempre hay quien se toma un descanso…

—Mónica Hershaw, por ejemplo —dijo Úrsula, silbante.

El silencio que siguió, podía haberse cortado con un cuchillo y vendido en porciones a cualquier viajero del desierto. Era más frío que la propia Úrsula.

Timothy carraspeó para restablecer el ambiente.

—Hoy tenemos un buen programa. A Carl Hunter le han entregado por fin su *snak* y nos ha invitado a cazarlo. Iremos con nuestros botes antigrav, robo-perros y todo eso…

Me pregunté para qué necesitarían robo-perros. No hace falta ser muy inteligente para rastrear y descubrir un monstruo de 5 metros de altura y 20 de largo. Se asemejaba mucho a los antiguos dragones de leyenda terrestres, pero no echaba fuego por la boca. Sólo lanzaba su enorme lengua viscosa y pegajosa, atrapando sus presas. Lanzarme tras una presa semejante me hacía tanta gracia como acostarme con Úrsula P. Dobbs.

—Quizás el señor Summers no se encuentre recuperado totalmente, querido… —decía el saco de bilis en esos momentos.

Aproveché el capote.

—A decir verdad, todavía siento algunas molestias en mi pierna. Quizás un día de descanso no me sentaría mal.

—Entonces, ve tú de caza, querido —añadió la Reina de las Víboras—. Yo me quedaré con él en casa…

—Pensándolo mejor —me apresuré a decir—, me convendrá hacer un poco de ejercicio. No hay que malacostumbrar a mi pierna, ¿verdad? Luego el problema sería mío para convencerla de que caminase otra vez… ¡Je, je, je!

—¡Así me gusta! —gritó Timothy, exultante.

No había visto la mirada golosa que me había dirigido su esposa. ¿Habría estado escuchando tras la puerta, durante mi «sesión» con Mónica? ¿O habría hablado con ella? Fuera lo que fuese, sus intenciones no me gustaban nada.

Ab-so-lu-ta-men-te na-da.

12

Al tal Hunter le gustaba presumir de deportividad.

Dado que nosotros, los cazadores, teníamos ciertas ventajas minúsculas, como transportes voladores, rifles-láser, granadas atómicas, martinis y unos cuantos cachivaches más, no estaba de más hacer ciertas concesiones al monstruo.

Una vez localizado, el elegido para disparar tenía que situarse a unos doscientos metros por delante de él y llamar su atención. Desde el momento en que la bestia te divisaba y se acercaba lo suficiente como para atraparte en su lengua, podían pasar unos 15 segundos. Tiempo más que suficiente para, si eres buen tirador, acertar con tu rifle en uno de sus ojos, único punto vulnerable del *snak*.

No quise dar la nota de mal augurio, preguntando qué sucedería si se fallaba, ya que todos estaban entusiasmados. No cesaba de preguntarme por qué no era el propio Hunter el primero en probar suerte. El monstruo era suyo; el coto de caza, también; la idea, tres cuartos de lo mismo…

Al parecer, existían unas reglas de juego impuestas. Y, una de ellas, era ofrecer el honor de ser el primero al invitado especial. Yo mantuve mi sonrisa cortés, hasta que todo el mundo volvió su cara hacia mí, sonriendo siniestramente. Entonces, caí en la cuenta de que el invitado especial era yo.

Mantuve mi sonrisa, cada vez más congelada.

—Muchas gracias, pero mi pierna…

—No se preocupe, muchacho —atajó, rápidamente Hunter—. Sólo tiene que apoyarse en ella y disparar. De todas formas, aunque quiera correr, no le dará tiempo…

Coro de carcajadas. Todo el mundo reía. Menos yo, claro.

—Hace mucho que no practico y quizás esté un poco

desentrenado…

—El blanco es enorme. El ojo del *snak* debe tener unos
25 cm
de diámetro… por lo menos.

¡Por lo menos! Una diana minúscula, en una masa de carne traqueteante, lanzada hacia ti a toda velocidad.

—No creo que mi robot me permita… —insistí.

—¡Vamos! Su robot está programado para no dejarle beber ni una gota, no para apartarle del bello deporte de la caza, ¿verdad?…

—Sí, pero…

—Nada de peros. ¡Adelante, amigo mío! Colóquese aquí.

Me sentía como un condenado frente al patíbulo.

Me pusieron un rifle entre las manos y me empujaron hacia el lugar indicado.

—No se preocupe —gritó Hunter—. ¡Ya verá como todo sale bien!

Si todo iba a salir bien, ¿por qué infiernos se alejaban corriendo?

No tuve necesidad de llamar la atención del *snak*. Apenas había aparecido por encima de una loma, se lanzó en tromba contra mí, moviendo rápidamente sus seis patas y haciendo temblar la tierra.

Dirigí una mirada asesina a
PP
, que se mantenía erguido y silencioso a mi lado y me eché el rifle al hombro.

El monstruo apenas se encontraba a unos 150 metros.

Su ojo no parecía ser mayor que una moneda de crédito, colocada en un enloquecido carrusel.

Disparé. Y fallé, por supuesto.

Cien metros.

Temblaba como una hoja. No sabía si por mi nerviosismo, o por el trepidar de la tierra bajo las enormes patas del *snak*. Si esto seguía así, tendría toda la eternidad para averiguarlo.

Cincuenta metros.

Tenía centrado el blanco, cuando una gota de sudor cayó en mi ojo.

Fallé de nuevo.

Treinta metros.

De repente, el monstruo se detuvo en seco y quedó

contemplándome con perversa curiosidad. «La curiosidad mató al gato», decía un antiguo proverbio terrestre. Esperé que también pudiera aplicarse a otros animales.

Apunté de nuevo con toda tranquilidad. Esta vez no podía fallar. Y no fallé. Ni siquiera me dio tiempo a disparar.

La lengua del monstruo se disparó como una exhalación y chocó violentamente contra mí.

PP

no tuvo tiempo de compensar mi movimiento y el mecanismo automático de su esposa se cerró convulsivamente sobre mi muñeca, como si hubiera estirado de él, intentando escapar. Sentí un dolor agónico por todo mi brazo, mientras golpeaba frenéticamente la lengua del *snak* adherida a mi pecho.

La lengua empezó a arrastrarme hacia las fauces de la bestia, que chasqueaban de placer anticipado, pero no fui muy lejos.

PP

clavó sus botas en tierra y tiró de mí en dirección contraria, manteniéndome sujeto por la muñeca.

Pataleé histérico, sintiendo que me partía en dos. Oleadas de dolor recorrían mi brazo como impulsos eléctricos.

—¡Haz algo, maldita sea! —grité a

PP

—. ¡Haz algo! ¡No dejes que me atrape!

Pero el robot se mantenía imperturbable, dispuesto a arrancarme el brazo.

El *snak* debió cansarse del jueguecito y dejó de tirar de mí. Ya que la presa no iba a su boca, la boca iría hasta su presa.

Empezó a caminar hacia nosotros lenta y pausadamente. Tenía su almuerzo preparado, ¿para qué apresurarse?

Pero su almuerzo no estaba tan tranquilo como él. En cuanto remitió el dolor, miré ávidamente a mi alrededor. El fusil estaba sobre la hierba, allí donde había caído, tras escapárseme de las manos por el impacto de la lengua. Arañé desesperadamente la tierra, intentando ganar centímetros, lográndolo a duras penas.

Extendí los dedos y conseguí rozar el arma. Un poco más. ¡Sólo un poco más!… Estaba a punto de cogerlo, cuando me sentí alzado por los aires. No demasiado, sólo hasta la altura del brazo levantado de

PP

. Debajo de mí, se abría una caverna erizada de dientes dispuestos a desgarrarme, rodeados del intenso hedor de la carne corrompida.

Grité. Grité larga y agónicamente.

Era el fin.

Entonces, reaccionó

PP

.

Adelantó su brazo libre y hundió sus metálicos dedos en la boca del *snak*, que empezó a rugir, mientras una luz azulada, en forma de arco voltaico, recorría sus mandíbulas.

PP

debía estar descargando su pila atómica en forma de electricidad.

La lengua se desprendió de mí y caí violentamente al suelo, junto a

PP

. Mi robot soltó también su presa, porque el *snak* ya no constituía ninguna amenaza. Su cola se agitaba espasmódicamente, entre estertores agónicos. El aire estaba saturado del penetrante olor de carne quemada y la boca del monstruo no era más que un cráter ennegrecido y humeante.

El resto de la partida de caza se acercó a nosotros, aplaudiendo frenéticamente y lanzando gritos de alegría.

Me levantaron del suelo —yo no podría haberlo hecho solo—, y me palmearon la espalda, me besaron, me estrujaron entre robustos brazos y no me lanzaron por los aires, a causa de mi unión con

PP

. Podrían haber recogido manco.

—¡Muchacho! —rugió Hunter—. Ha sido la caza más emocionante que hemos disfrutado en muchos años… ¡Felicidades!

Le dediqué los peores insultos que podía recordar. Y créanme, en Nevermore hay un buen repertorio. Es una lástima que sólo se los lanzase mentalmente, pero estaba demasiado ocupado intentando recuperar el aliento, para malgastar aire en tan inútil propósito.

Hunter me explicó:

—Habitualmente, todo acaba demasiado rápido. Un buen disparo de láser y el *snak* cae fulminado. Un buen disparo de lengua y el cazador cae tragado. En cambio, hoy… hoy… ¡te has ganado su lengua como trofeo!

Estaba tan emocionado que no podía hablar. Por mí, podía

meterse su lengua y la del *snak* donde le cupiera. Me sentía dolorido, exhausto, pegajoso y maloliente.

Fue

PP

, quien resolvió la situación.

—Humano Scott Summers… rrrr… necesita atención médica… rrrr… sano y salvo… rrrr… atención médica…

Los grandes prohombres de Nivea asintieron como cotorras. Timothy se adelantó a los demás.

—Yo le acompañaré a casa. Vosotros, seguid divirtiéndoos…

—¿Te vas a ir ahora? —exclamó Hunter—. ¡Pero si viene lo más interesante! Me han traído un *sshopss* ganimediano que…

—¡Otra vez será! —cortó velozmente—. No os preocupéis por mí… ¡Seguid con lo vuestro!

No tenía ni idea de lo que podía ser un *sshopps*, pero el círculo de rostros parecía haber recibido un baño de cal. En la siguiente fiesta, faltarían algunos.

La mayoría se ofreció gustosa para acompañarnos, pero Timothy se negó cortésmente con una sonrisa sádica. No estaba dispuesto a consentir que nadie se escapase tan fácilmente como él lo había conseguido.

13

De nuevo la familia feliz en danza: Timothy, Úrsula,
PP
y yo. Solitos y bien acompañados. Iba a ser la última vez, pero yo no lo sabía. Debía haberlo sospechado, porque ella no me había dirigido ninguna de sus características puyas, pero estaba demasiado preocupado conmigo mismo para echar a faltar puñaladas en la espalda.

La chalupa antigrav de Timothy se elevó por los aires, comandada por él mismo. A medio camino, mientras cruzábamos velozmente por encima de un enorme y majestuoso acantilado, Úrsula exclamó, asomándose por la borda:

—¿No es precioso, querido?…

—¡Psché! No está mal… —respondió Timothy desinteresadamente.

—Eso es que no has mirado bien. Asómate, por favor —insistió ella, con voz helada.

Timothy decidió complacerla. No quería provocar una trifulca doméstica por semejante nimiedad.

Entonces, mientras el millonario pasaba medio cuerpo por encima de la borda, pude ver, horrorizado, como Úrsula se levantaba de su asiento y avanzaba hacia él con los brazos extendidos… ¡estaba intentado empujarlo!

Quise lanzar un grito de aviso, pero sentí como la esposa de
PP
se cerraba en torno a mi muñeca. Debía haberme puesto en tensión. De mis labios, sólo escapó un leve gemido.

La colección de ángulos y aristas llamada Úrsula, mantenía sus manos a un par de centímetros de la espalda de su marido, temblando ostensiblemente. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente. Parecía luchar consigo misma y su repentino impulso de

empujar a Timothy. Finalmente, la tensión se rompió, cuando ella gritó a pleno pulmón:

—¡No! ¡No puedo hacerlo!

Timothy se volvió de inmediato y, durante unos segundos, contempló a su esposa, atónito. Miraba su rostro y sus manos, alternativamente, queriendo convencerse de que no era verdad lo que estaba viendo, que no era cierto lo que sospechaba.

—¿Qué… qué ibas a hacer?… —balbuceó, todavía incrédulo.

Fueron sus últimas palabras.

Demasiado rápido para la vista,
PP
levantó su brazo izquierdo y lo dejó caer sobre la cabeza de Timothy. El hueso se partió con un desagradable crujido y la masa encefálica explotó como un balón demasiado hinchado.

¡Antes de que nos recuperásemos de la sorpresa,
PP
empujó al millonario al vacío!

Úrsula se desplomó inconsciente sobre la cubierta de la chalupa, y yo tuve que tragar saliva varias veces, antes de poder hablar.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho eso?

PP-247 giró su cabeza hacia mí, hablando con su típica y despersonalizada voz.

—Tú, sano y salvo… rrrr… No muerto porque ocuparás el lugar de Timothy P. Dobbs con su esposa… rrrr… Esto es vida… rrrr… Esto es vida… rrrr…

Lo contemplé como debió haber contemplado el doctor Frankenstein a su creación. Le había forzado demasiado, le había dicho demasiadas cosas y su deseo de mantenerme «sano y salvo», «vivo», había terminado por desquiciar sus circuitos. No había duda.

¿Pueden volverse locos los robots? No lo sé, pero si es así, tenía ante mí un robot enloquecido.

Un gemido atrajo mi atención. La esposa del millonario —su viuda, rectifiqué inmediatamente— estaba volviendo en sí. De súbito, comprendí su repentino interés de la mañana, sus insinuantes miradas.
PP
debía haberla hipnotizado, como había hecho con Mónica. Su intento de empujar a Timothy había sido inducido por el robot,

pero algo se había revelado en ella. Era dura, inteligente, cruel, muy distinta de la muñeca adorable y complaciente de la noche anterior. Había luchado contra las órdenes hipnóticas de
PP
y había vencido. Desgraciadamente, no le había servido de nada.

¿Qué Úrsula se despertaría ahora? ¿Aquélla que llegaría al asesinato por mí, o la esposa —viuda, me dije una vez más— de Timothy P. Dobbs?

No tuve que esperar demasiado para saberlo. Me bastó una ojeada al cañón de la pistola-láser que plantó ante mis ojos.

—¡Tú! ¡Has sido tú! —escupió con rabia—. ¡Tú y tu maldito robot lo habéis planeado todo! Pero no conseguiréis saliros con la vuestra… ¡antes, os mataré!

—Mi misión es llevar al humano… rrrr… Scott Summers, sano y salvo… rrrr… —respondió
PP
—. Sano y salvo… rrrr…

Úrsula no tendría que haber dicho aquello. Si pretendía matarme, le hubiera bastado con apretar el gatillo. Sus palabras habían desencadenado la reacción de
PP
.

Alargó su mano y la cogió por el cuello, levantándola en vilo. Sólo tuvo tiempo de hacer un disparo, que se perdió en el aire. La garra de
PP
, apretó y apretó, y pude oír el desagradable crujido de las vértebras cediendo ante su presión, mientras Úrsula echaba espuma por la boca, emitiendo un ronco estertor.

Un segundo después, su cabeza cayó a un lado como si fuera de plomo. Con un leve gesto, que me pareció despreciativo por su precisión e inhumanidad,
PP
la lanzó por encima de la borda. Ni siquiera oí su choque contra el suelo.

—Tú, sano y salvo… rrrr… No preferirás estar muerto… rrrr… Todo lo que tienen Timothy P. Dobbs y su esposa, es tuyo… rrrr…

—¿Mío? —balbucí—. ¡¿Mío?!… ¡Dios santo, debes estar más loco de lo que me creía! No sólo no es mío, sino que me buscarán

por asesinato doble…
—¿Asesi… nato?… —carraspeó
PP
. Parecía desconcertado.

—¡Sí, asesinato! ¿Qué crees que pensarán de mí, cuando sepan que soy un prófugo de Nevermore, eh?… ¡Ni siquiera les daré tiempo a juzgarme! ¡Me lincharán!

Los ojos de
PP
parpadeaban enloquecidos. No entendía nada.

—Aunque quisiera, no podría poner un dedo en el dinero de Timothy —insistí—. ¡Estamos perdidos!

—¿Quieres… rrrr… dinero? —preguntó aquel inconsciente.

—¡Claro que quiero dinero, pero no a cambio de matar a dos personas!

—¿Dónde hay… rrrr… dinero?

—¡Esto parece un diálogo de sordos! ¡Es ridículo!

—¿Dónde hay… rrrr… dinero? —repitió
PP
, insistente.

—Yo que sé, en todas partes. En los bancos…

—Lo cogeremos de… rrrr… los bancos…

—¡Oh, claro! Entraremos en un banco y diremos: «¿Por qué no me da unos cuantos millones de créditos para que pueda escapar de Nivea y seguir "sano y salvo"…? Y dese un poco de prisa, por favor, me están buscando por doble asesinato, ¿sabe? He aprovechado bien el tiempo después de escapar de Nevermore».

—Lo cogeremos de… rrrr… los bancos…

—Claro, claro, ¿por qué no? —dije, amargamente—. Lo que tú quieras, compañero. Y cuando intenten impedírnoslo, les matamos.

—Sí, les matamos… rrrr… Cogeremos dinero para ti… rrrr… y cuando intenten impedirlo… rrrr… les matamos…

Hablaba en serio. Bueno, en realidad, siempre hablaba en serio, pero nunca me había parecido tan siniestro.

Maldije mi nefasta idea de intentar escapar de Términus. ¿Qué me esperaba en Términus? Una probable muerte helada. Pero ¿qué me esperaba ahora? ¿Qué podía esperar, cuando entrase en un banco de Nivea, los bancos mejor protegidos del sistema, encadenado a un robot dispuesto a abrirse paso a sangre y fuego

hasta un montón de dinero?

¿Se lo imaginan, verdad? Yo, también.

Y no tenía ninguna esperanza.

14

La principal sucursal del *Galador's Bank*, en Nivea, se encontraba ante nosotros.

Había suplicado, ordenado, llorado, rogado, maldecido, amenazado, vuelto a suplicar y vuelto a ordenar. No me había servido de nada.

PP

había demostrado la misma tozuda resolución que al principio de nuestra relación. Antes, no había conseguido que me soltase la muñeca —y seguía sin lograrlo—. Ahora, no lograba quitarle de su cortocircuitada cabeza que asaltar un banco, no es algo que se haga para divertirse.

Contemplé durante unos segundos el edificio que seguramente me había de servir de tumba, antes de que el paso decidido de

PP

me arrastrase hacia la puerta. En ella se encontraban dos guardias y nos miraron fijamente, mientras avanzábamos directamente hacia ellos. Cuchichearon algo sin dejar de observarnos y me pregunté si ya sería del dominio público la muerte de Timothy y su esposa. Quizá todo terminase antes de empezar. Quizá ni nos dejasen entraren el banco… Quizá…

Uno de los guardias me abordó, amablemente.

—Perdone, señor… ¿No es usted Scott Summers, el… el alcohólico? Disculpe, si le ofendo, señor…

—Sí, lo soy. ¿Por qué?… —respondí.

—¡Oh, por nada! Creí haberle reconocido por las noticias de hoy. Dieron un reportaje sobre la fiesta a la que asistió anoche y me preguntaba… bueno, me preguntaba si no le molestaría darme un autógrafo. Es un hombre muy popular en Nivea, señor Summers…

Suspiré profundamente y le firmé su autógrafo. Dentro de unos minutos, podría valer una verdadera fortuna.

—Muchas gracias señor Summers, y disculpe. Entre, por favor —añadió, franqueándome la entrada—. Es un honor para nosotros que se digne utilizar el *Bank*
Galador's
…
¡El muy idiota! Parecían estar pidiendo a gritos que les atracasen. Empecé a pensar si no lo tenían bien merecido.

Nos acercamos a una de las ventanillas, tras la que se amurallaba un minúsculo empleado, enfundado en una túnica tan negra como debían de serlo sus pensamientos. Calvo y con un bigotito negro, pasado de moda, parecía colocado exprofeso para aguarte el día.

Me coloqué ante él y en cuanto levantó su vista hacia mí, dije:

—Esto… quisiera algo de dinero… —al mismo tiempo que hacía frenéticas señas con manos, ojos, cejas y boca, intentando avisarle de lo que iba a pasar.
PP
estaba situado detrás de mí y no podía verme. Si el hombrecillo daba la señal de alerta, quizá redujeran a mi robot, antes de que ocurriese algo peor.

Fue inútil. El empleado se limitó a mirarme con los ojos muy abiertos, absolutamente desconcertado.

—¿Tiene cuenta en nuestro banco, señor…? —pudo preguntar al fin.

—No, no la tengo. Tampoco la he tenido nunca y no creo que en el futuro pueda tenerla —y proseguía con mis nerviosas señas. Tiempo. Necesitaba más tiempo.

—Dinero… rrrr… ¡dinero!… —repitió
PP
, tras de mí.

—Ya va, ya va… —dije, dándome la vuelta e intentando calmarle—. Espera un poco, ¿quieres? Ten paciencia.

Me volví suplicante hacia el empleado.

—¿Es qué no lo entiende? Deme mil créditos, por favor, antes de que ocurra algo…

—¿Mil… mil créditos? —exclamó aquel idiota.

—¡O cien!… ¡Aunque sean diez, no importa! Si me da un poco de dinero, quizá pueda convencerle de que es todo cuanto necesito

para seguir «sano y salvo»… —y señalé a la imponente mole de
PP-247
.

—Oiga, si es alguna especie de broma, le advierto que…

No supe lo que quería advertirme.
PP
me empujó suavemente a un lado y ocupó mi lugar.

—Dinero… rrrr… ¡dinero!… —exigió con machacona cabezonería.

El empleado debió intuir algo, puesto que depositó un pringoso billete de 100 créditos ante él. Yo lo cogí rápidamente y lo agité ante los «ojos» de
PP
, intentando rebosar satisfacción.

—¡Ya está,
PP
! ¿Lo ves? ¡Ya lo tengo! ¡Ya tengo dinero!

—Más dinero… rrrr… ¡mucho dinero!… —cortó tajante mi robot.

El primer desconcierto del empleado había dado paso a una ostensible irritación y golpeó el mostrador con el puño.

—¡Basta, se acabó! ¡Esto ya pasa de la raya!
PP
lanzó su brazo hacia adelante y destrozó el cristal antiláser, atrapando al empleado por el cuello.

—¡Mucho dinero!… rrrr… ¡Mucho dinero!…

—¡Espera,
PP
! ¡Espera! ¡No le hagas nada, quieto! Nos va a dar el dinero, seguro —y me volví al cajero, que ya se estaba poniendo púrpura—. ¿Verdad que sí?

—Ggggggí… —fue lo único que pudo decir.
PP
le soltó y el hombrecillo, más muerto que vivo, empezó a depositar fajos de billetes frente a nosotros.

Normalmente, un robot de dos metros y medio, no suele pasar desapercibido. Y si, encima, ese robot se dedica a destrozar ventanillas de banco, mucho menos.

Eché una mirada a nuestro alrededor y pude ver como la

mayoría de clientes y empleados de banco, nos observaban fijamente, con expresión atónita. Ninguno parecía saber cómo reaccionar. Toda la escena era demasiado increíble para tomarla en serio.

Pero los dos guardias de la entrada no querían correr ningún riesgo. Abandonaron su posición de vigilancia y con sus lásers en la mano, avanzaron hacia nosotros.

Yo, apenas me daba cuenta de que
PP
estaba guardando los fajos de billetes en mi chaqueta, repartiéndolos cuidadosamente. Pobre chico. Si no se hubiera vuelto loco, terminaría siendo un buen secretario.

Los dos guardias se plantaron en medio de la sala y gritaron apuntándonos con sus armas.

—¡Quietos! ¡Levanten las manos, o…!

—¡No, por favor! —grité desesperado—. ¡No lo diga! ¡No diga eso!

—¡… disparamos!
PP
se giró y les apuntó con su dedo, en una fracción de segundo. De la punta surgió una vívida llamarada azul y ambos guardias cayeron al suelo segados por la mitad. Un oscuro charco de sangre empezó a extenderse, burbujeante, en torno a ellos.

Aquello pareció ser la señal para los demás. En medio de un histérico griterío, empleados y clientes se pusieron en movimiento como si les hubieran dado cuerda. Unos, se lanzaron bajo sus pupitres. Otros, hacia las puertas. ¡Había estallado el caos!

Las sirenas atronaron el ambiente, pero sólo durante un par de segundos.
PP
alzó su mirada y pude ver como sus ojos se encendían y apagaban a una velocidad de vértigo. Las sirenas enmudecieron. Seguramente, debía haber buscado su frecuencia y las había desactivado. Estaba tomando demasiadas iniciativas y ninguna buena.

Me arrastró hacia la salida, apartando a manotazos a todo aquel que se interpusiera en nuestro camino, pero ya era demasiado tarde. Mientras todavía nos encontrábamos junto al banco, apareció por la esquina un aerotransporte de la policía.
PP

lo siguió con la mirada intentando valorar el peligro potencial que representaba para mí, para que yo siguiera «sano y salvo».

El primer disparo de la policía, quemó el suelo ante nuestros pies.

Nunca pudieron hacer el segundo.
PP
apuntó con el dedo y su láser atravesó el costado del vehículo. Éste cabeceó hacia delante y, antes de que su piloto recuperase el dominio de los mandos, chocó contra el suelo, empezando a dar vueltas de campana sobre sí mismo, esparciendo su carga humana por la calle.

El aerotransporte rebotó contra varios antigravs de superficie particulares y se incrustó contra el aparador de unos grandes almacenes, sembrando el pánico.

Uno de los policías se incorporó rápidamente y disparó contra nosotros. Parte de la placa pectoral de
PP
se deshizo en pedazos, pero su dedo volvió a entrar en acción, atravesando la cabeza de nuestro atacante.

No sé si el resto de la dotación del aerotransporte estaba fuera de combate, pero ninguno se movió. De estar en su lugar, hubiese hecho lo mismo. No podían competir con la rapidez y precisión del robot.
PP
parecía pasárselo en grande. Únicamente repetía:

—¡Más dinero!… rrrr… ¡Mucho dinero!…

—¡Tenemos que salir de aquí! —grité.

—¡Dinero!… rrrr… ¡Tú y yo, conseguiremos mucho dinero!… rrrr… ¡Todo el dinero!… ¡Viviremos sanos y salvos!… rrrr…

«¿Viviremos?». Por un momento, creí que había oído mal. Pero me equivocaba. ¡Había utilizado el plural! ¡Dios, ¿hasta dónde era capaz de llegar?!

—¡Para poder vivir, tenemos que huir! —insistí—. ¿No lo entiendes? ¡Vendrán más policías y nos achicharrarán!

En Nevermore se aprenden muchas cosas, y una de ellas es donde encontrar refugio cuando lo necesites.

No es que ladrones y asesinos, chantajistas y rateros, se profesen un amor fraternal, pero el odio hacia la policía es más fuerte. Y, nosotros, ya no podíamos seguir en Nivea. Tarde o temprano, nos

darían caza. Teníamos que llegar allí donde pudiera desaparecer nuestro rastro, allí donde nos acogerían como miembros de la misma cofradía, allí donde ni los policías se atreven a poner los pies…

—¡Tenemos que ir a Umbría! ¿Entiendes?

—Umbría, tercera luna del planeta Galador —empezó a declarar mi robot—, Tierra formada en el año 5987, por…

—Vale, vale. Luego me darás un curso de historia. ¡Ahora, hemos de llegar hasta el espaciopuerto más cercano!

Corrimos hasta el aparador de los grandes almacenes donde se había incrustado el aerotransportador de la policía. ¡Si todavía funcionase!… Las sirenas de las patrullas que convergían hacia nosotros atronaban el aire. No teníamos mucho tiempo.

Probé el contacto y aullé de alegría cuando el vehículo se levantó unos centímetros del suelo. Era más que suficiente. El interior estaba sembrado de cuerpos, la mayoría de ellos conmocionados. Me enfundé la chaqueta de uno de los policías y ordené a
PP
que se colocase detrás de mi asiento. Sólo podía conducir con una mano, pero me bastaba y sobraba.

Retrocedí, saliendo del aparador y enfilé la primera calle que encontré, apretando simultáneamente el acelerador y el antigrav.

No llegué muy lejos.

La calle estaba cortada por una batería de antigravs patrulla, colocados a distintos niveles.

Era imposible pasar por allí.

Sentí que
PP
movía su brazo libre y pude ver con el rabillo del ojo, como su dedo apuntaba a las patrullas, a través del cristal de nuestro vehículo. Mi amiguito se había vuelto sanguinario. Era mejor no toser en su presencia. Podías acabar con la cabeza reventada.

—¡Espera! —susurré—. ¡Tengo una idea! ¡Si disparas, nunca saldremos «sanos y salvos»!

Aquello pareció aplacarlo un poco. No sabía el cálculo de posibilidades que efectuaría su computarizado cerebro, pero hasta una máquina loca no podía esperar acabar con toda la policía de la ciudad.

Me asomé a la ventanilla y grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Esos bastardos se han atrincherado en el banco! ¡Llevo todo mi aerotransportador lleno de heridos!… ¡Vamos, moveos!

Pasaron junto a mí como una exhalación. Como buenos sabuesos, habían movido sus colas y entrado en acción al oír restallar una orden. Para cuando se preguntasen quién era el que les había hecho moverse ya sería demasiado tarde.

Seguimos adelante.

Los próximos minutos fueron los más angustiosos de mi vida. El vehículo parecía arrastrarse convulsivamente, mientras los minutos caían, uno tras otro. De vez en cuando, nos cruzábamos con alguna que otra patrulla, pero no nos hacían caso. Por si las moscas, le había encargado a
PP
que le metiera mano a la frecuencia de la policía, imposibilitando sus comunicaciones. Tan pronto como cambiaban de frecuencia,
PP
la localizaba y anulaba. ¡Deberían andar con la garganta bastante fastidiada de tanto gritar!

Nuestro aerotransporte nos abrió fácilmente la barrera de fuerza del espaciopuerto y enfilamos directamente hacia la primera nave interplanetaria que divisamos.

Hubo suerte, estaba vacía. Suerte para los posibles ocupantes, naturalmente. Al menor signo de oposición,
PP
los hubiera barrido con una despreocupación absoluta.

El viaje era corto, así que no nos preocupamos del aire o del combustible. En cuanto
PP
comprobó que disponíamos de lo suficiente como llegar a Umbría, cerramos las compuertas y nos lanzamos hacia el cielo, dejando una tranquila y despreocupada ciudad convertida en un hormiguero enloquecido.

—¿Hay mucho dinero en Umbría?… rrrr… ¿Mucho dinero para seguir sanos y salvos?… rrrr… —preguntó
PP
, cuando ya nos encontrábamos en el espacio.

—Bueno… Haberlo, lo hay —acepté—. Pero hay algo más importante, hay hombres como nosotros a quienes persigue la policía.

—¿Hombres?… rrrr… ¡No quiero hombres!… rrrr… ¡Quiero mucho dinero!… —dijo él.

—Piensa en esto. Con más hombres, se puede conseguir más dinero. Piensa en lo que hubiéramos podido conseguir hoy si, en lugar de ser dos, hubiéramos sido doce, o veinte, o…

—¡Sí!… rrrr… ¡Muchos hombres, mucho dinero!…

Me sentía como un Judas.

No había mentido, pero tampoco había dicho toda la verdad. Tenía mis razones para llevar a
PP
hasta Umbría.

15

Mi pobre robot no duró ni dos minutos.

En Umbría son eficientes, es indudable. Y cuando aparecí con un robot de la serie PP, luciendo una hermosa esposa en mi muñeca, no tardaron en comprender la situación.

Relacionaron mi desaparición de Nevermore con las noticias procedentes de Nivea y con nuestra presencia allí. Lo hicieron pedazos. Por la espalda.

Incluso antes de que yo mismo me diera cuenta —y piensen que estaba prevenido—, el pobre PP quedó destrozado por los lásers.

Por fin había conseguido librarme de él, pero no me sentía todo lo contento que esperaba. Cuando a un perro se le contagia la rabia, no hay más remedio que matarle. Pero eso no quiere decir que su muerte te haga feliz.

Estaba contemplando su desmembrado cuerpo, cuando surgió una voz de su pecho.

—Has cometido un error… rrrr… Scott Summers… rrrr…

Casi me trago mi cigarro.

—Oye, ¿por qué no tienes la decencia de morirte, desactivarte o como quiera que se llame? —contesté—. ¿No me has dado bastante la lata?

—Para desactivarme… rrrr… es necesario extraerme la pila… rrrr… de mi placa pectoral…

—Muchas gracias por la información, lo haré. No quiero tener nada que ver contigo. Por tu culpa, se me busca por asalto a robot armado, si es que existe tal delito, y asesinato…

—Otro error, rrrr… No es legalmente cierto…

—Quizá no sea tan inteligente como tú, pero sé leer, ¿sabes? Y no hay vídeo-periódico en todo el sistema que no hable de ello.

—No eres legalmente responsable de mis actos… rrrr… Fuiste puesto bajo mi custodia… rrrr… y esposado a mí… No podías actuar siguiendo tu criterio… rrrr… sino bajo mis órdenes…

No pude cerrar la boca en varias horas.

—Tu segundo error sería desactivarme… rrrr… —prosiguió—. Aprendo de mis propios errores… rrrr… y sé que cometí bastantes… rrrr… pero he tenido tiempo de reflexionar… rrrr… Mis circuitos han encontrado siete formas distintas… rrrr… de forzar un banco sin que se produzcan víctimas humanas.

Y me las explicó.

Eran buenas. Y podían resultar.

No siempre se descubre la posibilidad de limpiar los mejores bancos de Galador y sus lunas, con garantías de éxito.

Y, he aquí mi dilema: ¿Intento aclarar todo este embrollo en el que me he metido, arriesgándome a terminar en Términus o, en el mejor de los casos, en Nevermore? ¿O, hago caso a
PP
y nos convertimos en los desvalijadores del sistema?

¿Ustedes qué harían? Yo, tras pensármelo mucho, creo que he llegado a una decisión.

¿Se imaginan cuál?

FIN